

El bloqueo de la entrada en el mercado de trabajo español durante la recesión

¿Sólo un problema de los jóvenes?

Miguel Ángel Malo
Universidad de Salamanca
Begoña Cueto
Universidad de Oviedo



FUNDACIÓN FOESSA
FOMENTO DE ESTUDIOS SOCIALES
Y DE SOCIOLOGÍA APLICADA

1. Introducción

La visión popular de una recesión consiste en caracterizarla como un periodo con caída de la producción (sin crecimiento económico) y con un incremento del desempleo. Como las empresas venden menos, producen también menos (o nada en absoluto si la empresa cierra) y tienen lugar despidos. Así, una recesión quedaría caracterizada como un periodo de elevado paro debido a la existencia de despidos (o no renovación de contratos temporales).

Sin embargo, esto deja a un lado lo que se produce en la entrada al mercado de trabajo. De hecho, lo que en realidad caracteriza la intensidad de una crisis es la caída del flujo de entrada al empleo. Con otras palabras, cuánto caen las contrataciones y por cuánto tiempo las contrataciones permanecen en niveles relativamente bajos. El Gráfico 1 muestra la evolución de las contrataciones y las salidas del empleo en las empresas españolas¹. Se han desagregado estos flujos de entrada y salida en el empleo por tipo de contrato, dada la importancia de esta distinción en España.

Se aprecia con claridad lo diferente que es la realidad de los flujos del mercado de trabajo en comparación con esa visión popular de los flujos que describíamos arriba según la cual lo más característico de las crisis sería el aumento en el número de despidos (de salidas del empleo). El Gráfico 1 muestra que durante el periodo expansivo (antes de 2008) aumentan de manera sostenida tanto las altas de contratos temporales e indefinidos, como las bajas de ambos tipos de contrato. En la medida en que las altas se sitúan por encima de las bajas, se produjo un cierto incremento del volumen de empleo. Efectivamente, lo que sucede durante las expansiones es un incremento neto del empleo: en España, según la misma fuente (la Encuesta de Coyuntura Laboral), los efectivos laborales pasaron de casi 8,9 millones a 13,6 entre 1998 y 2007. Es decir, hubo un incremento neto de aproximadamente 4,7 millones de efectivos laborales en las empresas españolas entre ambos años.

Pero ese incremento neto de los efectivos laborales tan pronunciado se produjo al tiempo que aumentaban de manera sostenida tanto las altas como las bajas, tanto de indefinidos como de temporales.

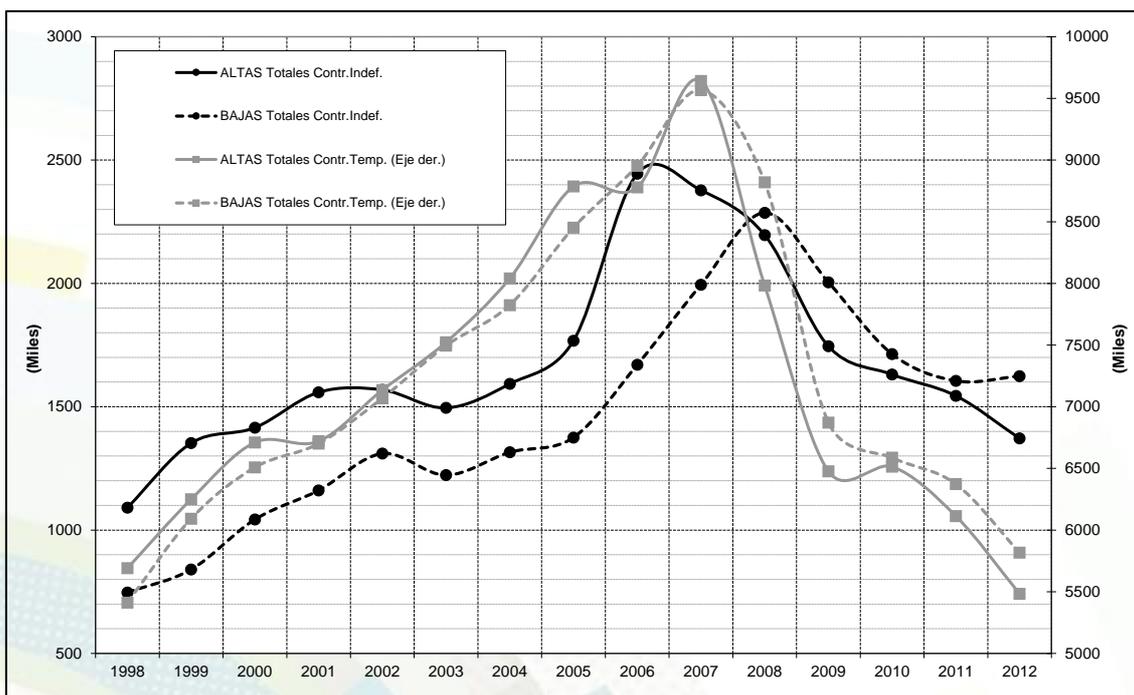
A partir de 2007, las altas y las bajas caen. En el caso de los temporales, ambas lo hacen con gran intensidad, situándose las altas bastante por debajo de las bajas. En 2012 el tamaño de los flujos de altas y bajas de temporales estaban en los niveles de 1998; es decir, en 2012 hubo unos 5,5 millones de altas de temporales y alrededor de 5,8 millones de bajas de temporales, cifras semejantes a las de 1998 aunque entonces eran las altas las que estaban por encima de las bajas. En cuanto a las altas y bajas de indefinidos se aprecia que las altas ya estaban disminuyendo en 2007 y que en 2012 se encontraban aproximadamente en el nivel de 1999, ligeramente por debajo de 1,4 millones anuales de altas de indefinidos. Por lo que respecta a las bajas, éstas aumentaron hasta 2008 y luego comenzaron a descender hasta detenerse en 2012 en alrededor de 1,6 millones de bajas de indefinidos. Así pues, las bajas totales de indefinidos no se adaptan bien al patrón popular del que hablábamos al principio: aunque es cierto que se produce un máximo de bajas de indefinidos al principio de la crisis (que incluye despidos pero también otras bajas como jubilaciones), luego éstas descienden conforme se desarrolla la recesión. A la vez, las contrataciones de indefinidos siguen una pauta descendente muy clara desde el máximo de 2006 (posiblemente muy relacionado con las subvenciones a la contratación indefinida de aquel año) y, desde 2008, se sitúan por debajo de las bajas.

¹ Los datos proceden de la Encuesta de Coyuntura Laboral, con lo que estos flujos se refieren a empresas (privadas y públicas), quedando a un lado la Administración Pública de cualquier nivel (central, autonómica, local, etc.). Como lo que se recoge son contrataciones y salidas, el gráfico no se lee en términos de personas sino de contratos que empiezan y terminan.

En definitiva, durante la recesión, tanto las altas como las bajas de temporales e indefinidos disminuyen, estando las altas por debajo de las bajas. Por tanto, esta evolución de los flujos es coherente con una caída del volumen de efectivos laborales a lo largo de la crisis. Así, hubo un descenso neto de 2,4 millones² de efectivos laborales entre 2007 y 2012².

Por consiguiente, la actual recesión española proporciona una muy buena ilustración sobre cómo evolucionan los flujos del mercado de trabajo. No es que los despidos de indefinidos y los fines de contratos temporales no sean importantes durante las recesiones, sino que lo que más caracteriza al mercado de trabajo durante una recesión es la caída de las contrataciones. Aquellos que por primera vez entran en el mercado de trabajo durante los años de crisis tienen grandes dificultades para encontrar un empleo por primera vez y aquellos que lo pierden tienen también graves problemas para ser contratados de nuevo. Para los primeros, que son los jóvenes, la caída de las contrataciones suele paliarse con prolongaciones de los estudios, algo que se vuelve cada vez menos práctico conforme se prolonga una recesión (como en el caso de la actual). Para los segundos, la caída de las contrataciones significa que sus duraciones en el desempleo se prolongan, aumentando no solo el volumen de paro sino también la proporción de parados de larga duración, erosionando su capital humano y haciendo más difícil la vuelta a un empleo cuando llegue la recuperación.

Gráfico 1. Flujos brutos de entrada y salida del empleo por tipo de contrato (incluye las modificaciones de contrato)



Fuente: Encuesta de Coyuntura Laboral (Ministerio de Empleo y Seguridad Social)

El que la contratación sea el gran problema, desde una perspectiva de los flujos del mercado de trabajo, muestra también que los grandes afectados son todos aquellos que durante una recesión están “en el margen” de ser contratados. La distribución de éstos por edades no es aleatoria, pues al estar los jóvenes, por su edad, en pleno proceso de integración laboral se ven muy afectados por las crisis, lo cual otorga a la crisis un marcado carácter generacional. Cuando las crisis se prolongan y profundizan, el proceso de integración en el mercado de

² El stock de efectivos laborales en 2007 era de 13,6 millones y en 2012 de 11,2 (siempre de acuerdo con la Encuesta de Coyuntura Laboral).

trabajo se vuelve muy difícil y aparece la posibilidad de que esos problemas acaben generando impactos negativos a largo plazo sobre las carreras laborales. Aunque un mayor nivel de estudios en general facilita la integración laboral (la contratación), cabe suponer que todos los jóvenes van a verse severamente afectados por la caída de la contratación, ya que todos ellos están en esa primera fase de la vida laboral.

Por otro lado, hay que tener en cuenta que aquellos trabajadores con más baja productividad (los menos cualificados) van a verse también más afectados por una crisis. Al terminar una expansión, son los primeros trabajadores de los que una empresa prescindirá. Por tanto, quedan “en el margen” de ser contratados en el momento en el que la contratación comienza a caer. Así, los trabajadores de baja cualificación van a tender a sufrir más y por más tiempo los problemas de desempleo asociados a una recesión.

Pero, además, algunas características del mercado de trabajo español exacerban estos procesos generales. La gran extensión de la temporalidad facilita el ajuste de las empresas a los vaivenes del ciclo económico, permitiendo que muchos trabajadores queden sin empleo y a la búsqueda de una nueva contratación justo al comenzar una crisis. En el caso de la actual recesión el ajuste de empleo vía temporalidad se aprecia especialmente en la caída de las altas que se ilustra en el Gráfico 1. Las altas de temporales cayeron desde casi 9,6 millones en 2007 a 8 millones en 2008, lo que supone una caída en las contrataciones en un solo año de aproximadamente el 16 por ciento. Pero esta caída volvió a repetirse de 2008 a 2009, desde 8 millones de altas temporales hasta aproximadamente 6,5 (lo cual, en porcentaje significa una caída de casi el 19 por ciento). De hecho, las altas de temporales en 2012 (5,5 millones) están ligeramente por debajo de las altas en 1998. El mercado de trabajo es ahora más grande que 15 años atrás y, sin embargo, la cantidad de contrataciones temporales es casi la misma que entonces.

A la temporalidad se añade también un factor que transformó desde los ochenta el mercado de trabajo español: la inmigración extranjera. Los inmigrantes, al ser nuevos entrantes en el mercado de trabajo, potencialmente pueden ser de los más afectados por una fuerte caída de la contratación, a lo cual se añade, cuando son irregulares, su mayor participación en la economía sumergida. Por otro lado, se trata de una parte de la población con mayor propensión a la movilidad geográfica, no solo dentro del país, sino que también puede considerar con mayor facilidad la posibilidad de abandonar el país cuando pierde su empleo y hay escasas posibilidades de encontrar otro. Obviamente, esa movilidad no tiene por qué ser solo hacia su país de origen, sino también hacia otros países en los que haya más oportunidades de empleo.

Así pues, la relevancia del análisis generacional del mercado de trabajo tiene mucho que ver con entender la situación actual del mercado de trabajo como una situación en la que la entrada al mercado de trabajo está “bloqueada”. Pero precisamente esta situación de bloqueo nos debe llevar a hacer también un análisis en términos de los estudios o la cualificación de los trabajadores, lo cual posiblemente afectará más a generaciones menos jóvenes. Las características propias del mercado de trabajo español deben tenerse en cuenta en el análisis generacional y por nivel de estudios. Por un lado, la extensión de la temporalidad exacerba potencialmente muchos de los problemas señalados. Por otro lado, la inmigración genera una especie de “margen adicional” en el mercado de trabajo, con una movilidad mucho mayor que los trabajadores del país. Todos los análisis se ofrecerán desagregados para hombres y mujeres, dada la habitual importancia de las diferencias de participación laboral entre ambos colectivos, y la importancia de la discusión sobre si las mujeres sufren con más intensidad las crisis económicas que los hombres.

CUADRO RESUMEN 1

1. La intensidad de las crisis se refleja en la caída de los flujos de entrada y salida del mercado de trabajo. Las altas de contratos indefinidos pasaron de 2,5 millones en 2006 a 1,4 en 2012. De la misma forma, las bajas cayeron de 2 millones en 2007 a 1,6 en 2012. Ocurre lo mismo en términos de contratación temporal. El resultado es que el número de efectivos laborales ha descendido en 2,4 millones entre 2007 y 2012.

2. La caída de la contratación frena la entrada de los jóvenes en el mercado de trabajo a la vez que dificulta la reinserción en el caso de pérdida del empleo, sobre todo en el caso de personas con baja cualificación.

2. Análisis empírico

Para analizar lo que sucede con distintas generaciones vamos a utilizar el método de cohortes ficticias con los datos de la Encuesta de Población Activa (EPA) desde 1976 a 2012, siguiendo la propuesta de Garrido y Chuliá (2005).

La EPA es una encuesta de carácter trimestral que recoge información sobre la relación con el mercado de trabajo de la población, es decir, representa su situación en cada trimestre en que se realiza la encuesta. Los entrevistados permanecen en la encuesta seis trimestres consecutivos. ¿Cómo seguir entonces a los individuos a lo largo de su vida para entender sus patrones de integración laboral y entender los problemas de integración laboral que genera la actual recesión? Aunque no podamos seguir a unos mismos individuos a lo largo de los años sí que podemos seguir a un grupo. Por ejemplo, la cohorte nacida de 1971 a 1975, tiene entre 30 y 34 años de edad en 2005. En 2012, este mismo grupo de nacidos en esos años tendrá entre 37 y 41 años. Aunque las personas encuestadas en la EPA no son las mismas en 2005 y en 2012, si seleccionamos a esa cohorte en esos dos momentos del tiempo sí representan al mismo grupo de población en distintos momentos del tiempo. Son grupos estadísticamente equivalentes. Aplicando este criterio a multitud de EPAs y definiendo las generaciones como cohortes de nacimiento de cinco años consecutivos, este método permite reconstruir las trayectorias de ocupación de diferentes generaciones.

No obstante, para que efectivamente las distintas EPAs representen de manera aproximada a la misma población a lo largo del tiempo del tiempo, debemos garantizar que la composición de la población no haya cambiado de forma drástica. En el caso de España, sí que se ha producido un cambio muy importante que ha modificado de manera muy importante la estructura de la población. Como es obvio, ese cambio es la importancia creciente en las últimas décadas de la población inmigrante. Así pues, para estar seguros de que seguimos básicamente a la misma población a lo largo del tiempo, al aplicar esta metodología nos limitaremos a los españoles nacidos en España.

Para completar el análisis, la segunda sección de este apartado se dedica a los inmigrantes extranjeros, también utilizando la EPA. Como en este caso el método de cohortes ficticias no nos resulta útil para nuestro objetivo, compararemos la situación de distintos grupos de inmigrantes en dos momentos temporales (antes y durante la crisis económica) y teniendo en cuenta distintos grupos de edad para hombres y mujeres.

2.1. La vida laboral de los españoles nacidos en España

El método de las cohortes ficticias explicado antes lo aplicamos a todas las EPAs desde 1976 a 2012³. Esto nos permite tener información sobre las generaciones nacidas desde 1911-15 hasta 1991-95. El periodo de tiempo total que podemos cubrir es de 36 años. Esto impide analizar la vida laboral completa de las cohortes observadas, aunque a las que entraron en la segunda parte de la década de los setenta se las sigue por esos 36 años, lo cual supone casi toda su vida laboral potencial. Para las generaciones de más edad, solo sabremos qué ocurre en el final de su vida laboral mientras que para las más jóvenes los datos mostrarán poco más que la entrada al mercado de trabajo. Por ejemplo, para los nacidos en los años 1911-15, la información comienza en el tramo de edad comprendido entre los 57 y los 61 años. En cambio, para la generación nacida entre 1991-1995 únicamente podemos saber qué ocurre hasta los 21-25 años.

Todos los gráficos que siguen tienen la misma estructura, de manera que las líneas representarán la tasa de empleo⁴ (medida en el eje de ordenadas) que alcanza cada generación para cada determinada edad (que estará representada en el eje de abscisas).

Hay dos cuestiones generales que conviene anticipar para facilitar la lectura. Por un lado, es bien conocido que a medida que aumenta el nivel educativo también lo hace la tasa de empleo, especialmente en el caso de las mujeres. Así pues, en general las tasas de empleo son más altas para las personas con mayor nivel educativo especialmente en la fase central de la vida laboral y los descensos de la tasa de empleo durante la crisis van a ser más intensos para las personas con menor nivel educativo. Por género, las carreras laborales mostrarán en general tasas de empleo inferiores para las mujeres, aunque las mujeres jóvenes y con estudios universitarios tendrán una vida laboral bastante más semejante a sus coetáneos varones que lo que sucedía con las generaciones mayores.

2.1.1. El empleo por generaciones a lo largo del tiempo

En los gráficos que siguen se muestra la tasa de empleo de hombres y mujeres a lo largo de la vida. El Gráfico 2 corresponde a la trayectoria laboral de todos los hombres. La superposición de todas las líneas correspondientes a cada generación nos da una línea envolvente en forma de U invertida (que recuerda a una meseta). Esta forma indica que el empleo va creciendo conforme los jóvenes se integran en el mercado de trabajo, alcanzado las tasas máximas (que rondan el 90 por ciento) entre los 30 y los 50 años. A partir de los 50 años, comienza el proceso de salida del mercado de trabajo hasta que, a los 65 años, la tasa de empleo se sitúa por debajo del 5 por ciento.

El efecto de la crisis que actualmente vivimos puede verse con claridad en los últimos puntos de la línea de cada generación. Si atendemos a la generación 1961-65, podemos observar que la tasa de empleo alcanza su máximo (que ronda el 90 por ciento) entre los 40-44 años (lo que se corresponde con el primer quinquenio de la pasada década). A partir de este grupo de edad, la tasa comienza a descender hasta situarse en el 74 por ciento. Es decir, la pérdida de empleo afectó a esta cohorte de varones disminuyendo su tasa de empleo en 15 puntos porcentuales.

El efecto es muy similar para los nacidos en 1966-70 y 1971-75. Estas generaciones alcanzan su máximo nivel de empleo a los 35-39 y 30-34, coincidiendo con el periodo de máxima

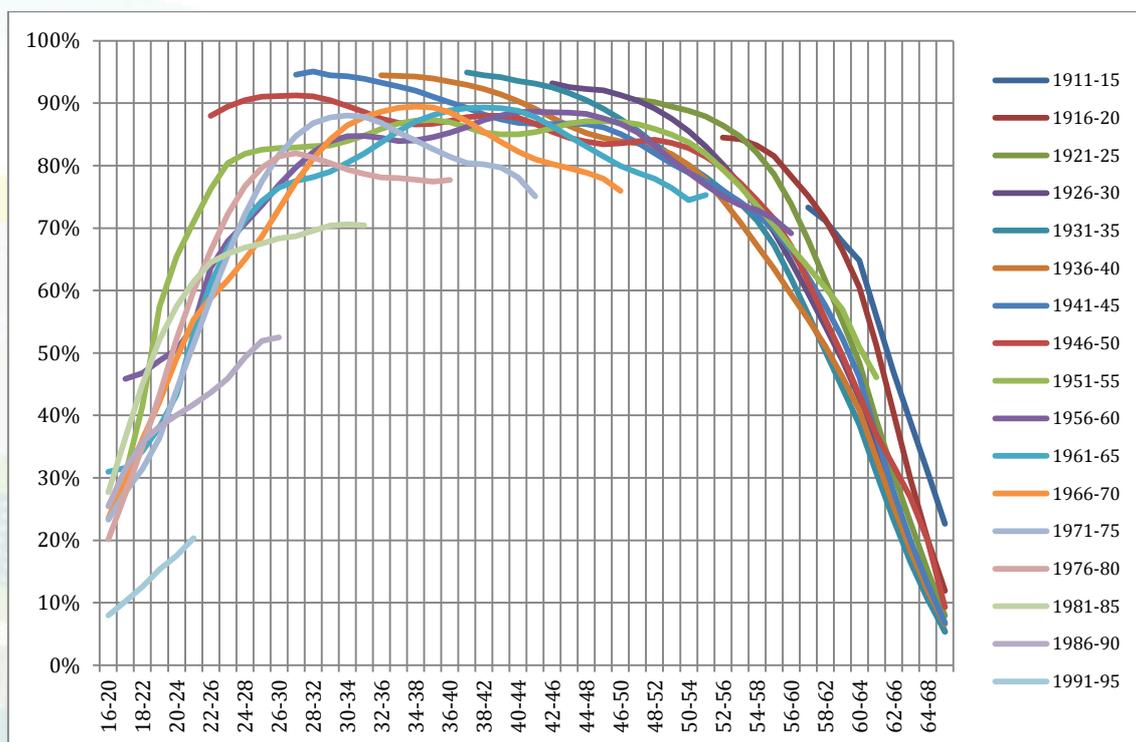
³ Aunque la EPA es trimestral, los datos se agrupan por año (con la corrección correspondiente para no alterar la representación de la población).

⁴ La tasa de empleo o tasa de ocupación se define como la población ocupada (con un empleo por cuenta propia o ajena) en relación con el total de la población en el grupo de edad que se trate. Si se calculase esta tasa para toda la población, el denominador sería la población potencialmente activa (lo cual en el caso de España significa con 16 o más años).

creación de empleo. No obstante, en el último quinquenio su ocupación desciende en más de 10 puntos porcentuales. Para los nacidos en 1976-80, la caída en la tasa de empleo es menor (4 puntos porcentuales), pero se observa otro efecto, que es que no se llegan a alcanzar los máximos de las generaciones anteriores. Así, esta cohorte alcanza la tasa de empleo más alta entre los 27 y los 31 años, con un valor del 82 por ciento, quedándose, por tanto, casi diez puntos por debajo de las generaciones previas. Este efecto es aún más fuerte para los nacidos en la década de los ochenta. En este sentido, los nacidos en 1986-90 apenas superan el 50 por ciento a los 25 años, casi 20 puntos menos que quienes nacieron en 1981-85 (y 30, en el caso de la cohorte 1976-80). Para la cohorte más joven, 1991-1995, únicamente podemos observar qué ocurre en la etapa de entrada en el mercado de trabajo, pero las tasas se sitúan claramente por debajo de todas las generaciones previas.

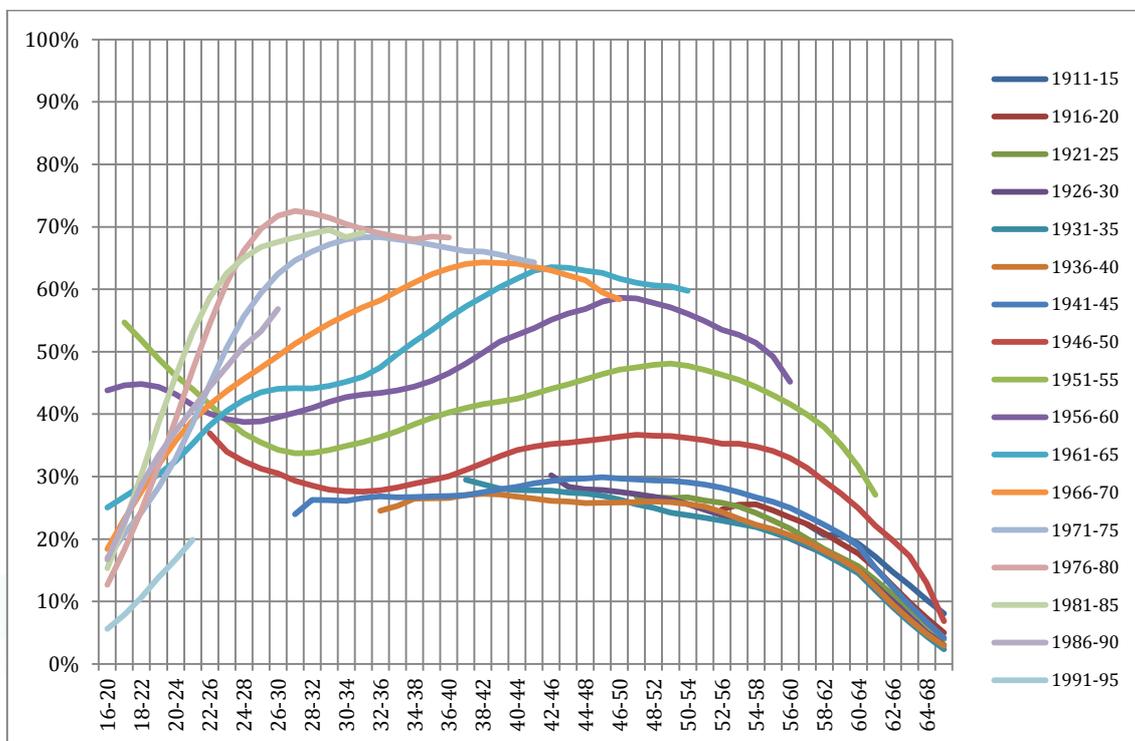
En cuanto a las mujeres, el Gráfico 3 nos muestra lo que Garrido (1993) ha denominado las dos biografías de la mujer en España: la trayectoria laboral de las mujeres mayores nada tiene que ver con la de las jóvenes. Las cohortes nacidas en 1941-45 o antes muestran tasas de empleo que no superan en ningún momento de los observados el 30 por ciento. En cambio, las nacidas a partir de la década de los sesenta –y, con mayor claridad, a partir de los años setenta– presentan tasas de empleo muy bajas durante la juventud que se van incrementado hasta alcanzar el 70 por ciento. Se trata, por tanto, de un patrón más parecido al masculino, aunque no llegan a alcanzar las tasas de empleo de los hombres, quedándose en torno a 20 puntos por debajo.

Gráfico 2. Tasa de empleo de los hombres



Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA

Gráfico 3. Tasa de empleo de las mujeres



Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA

Cabe resaltar que las trayectorias laborales son muy diferentes para hombres y para mujeres, como también lo es el impacto de la crisis económica, que ha repercutido en menor medida en ellas. No obstante, también en el caso de las mujeres la crisis impacta de manera diferente sobre las generaciones jóvenes. Por ejemplo, las mujeres nacidas en la década de los setenta del siglo XX alcanzan, para cada edad a partir de los 20 años, cifras de empleo cada vez más altas y superiores a las generaciones previas. Así, la cohorte 1971-75 casi llega al 70 por ciento y las nacidas en 1976-80 superan esta cifra. En cambio, la cohorte 1981-85 ya no alcanza esa tasa de empleo. La generación posterior ya obtiene tasas de empleo inferiores a las generaciones previas. En definitiva, el efecto de la crisis sobre el empleo de las mujeres se refleja en un freno al incremento en sus tasas de empleo, en especial en las más jóvenes.

El anterior análisis estaría radicalmente incompleto si no se atendiese a las diferencias por nivel de estudios. En los gráficos que siguen se muestran las tasas de empleo por cohortes y nivel de estudios, para hombres y mujeres.

En el Gráfico 4 se puede observar la tasa de empleo de los hombres con estudios básicos. Los comentarios realizados para el conjunto de la población se mantienen para este grupo, si bien con varias particularidades.

En primer lugar, la caída de las tasas de empleo es mucho más acusada en todas las cohortes. Los nacidos en 1961-65 con estudios básicos alcanzan una tasa de empleo máxima del 85 por ciento en torno a los 40 años. A partir de los 40-44 comienza a descender y el último dato disponible, en 2012, sitúa esta tasa en un 64 por ciento, lo que implica un descenso de 20 puntos porcentuales. Ocurre lo mismo con las generaciones posteriores que, en todos los casos, alcanzan cifras máximas de ocupación en torno al 85 por ciento descendiendo bruscamente hasta situarse por debajo del 70 por ciento. Para la generación más joven, la

correspondiente a los nacidos en 1991-95, su proceso de incorporación al mercado de trabajo coincide de lleno con el inicio de la crisis. Como consecuencia, tenemos tasas de empleo muy inferiores a las correspondientes a las generaciones previas en el mismo tramo de edad. A los 21-25 años, su ocupación no alcanza el 30 por ciento, mientras que los nacidos en la década de los ochenta superaban, a esa edad, el 50 por ciento.

Esta caída de la ocupación no es tan elevada para los hombres con estudios medios y se percibe con mucha menor intensidad entre quienes tienen estudios universitarios.

En el Gráfico 5, correspondiente a las tasas de empleo de los hombres con estudios de nivel medio, se puede observar que la caída en la ocupación a la llegada de la crisis económica se sitúa en torno a 10 puntos porcentuales para las generaciones nacidas a partir de la década de los sesenta. Así, por ejemplo, los nacidos en 1966-70 alcanzan los valores máximos de ocupación en torno a los 35-39 años (un 93 por ciento), disminuyendo a partir de estas edades hasta llegar a un 85 por ciento diez años más tarde. Lo mismo ocurre para los nacidos en 1971-75. Para las generaciones más jóvenes, el efecto es distinto, ya que la tasa de empleo deja de crecer de forma que no se alcanzan ya los niveles de ocupación de las cohortes previas a edades similares. Atendiendo a los nacidos en 1976-80, éstos alcanzan un valor máximo de tasa de empleo del 85 por ciento a los 27-31 años; esto supone unos 5 puntos porcentuales menos que la generación 1971-75 a esas edades. En el resto del periodo observado (hasta los 36-40 años) se mantienen en torno al 83 por ciento (casi 10 puntos porcentuales menos que la generación previa en el mismo rango de edad). Este mismo efecto se observa con mayor intensidad en los nacidos en la década de los ochenta y de los noventa, cuya incorporación al mercado de trabajo coincide con el inicio de la actual recesión. Aunque se observa solo durante un periodo muy corto de tiempo a los nacidos en 1991-95, su tasa de empleo a los 21-15 años no llega al 15 por ciento, mientras que las generaciones previas, a esa edad, alcanzaban niveles superiores al 30 por ciento.

En el caso de los hombres con estudios universitarios (Gráfico 6), la forma de U invertida se mantiene y los efectos de la crisis son aún menos intensos que para quienes tienen estudios medios. Las tasas de empleo de los hombres universitarios han sido y son más altas que las de los hombres con un nivel de estudios menor, de forma que en las edades centrales de la vida rondan el 95 por ciento y en las generaciones mayores estaban prácticamente en el 100 por ciento. En el tramo final de cada una de las líneas, se aprecia que aunque la crisis se deja notar en tasas de empleo algo inferiores, los nacidos en la década de los setenta o previamente siguen superando el 90 por ciento de tasa de empleo. Por tanto, la caída en su tasa de empleo se sitúa en apenas 2-3 puntos porcentuales.

No obstante, en el caso de los universitarios en proceso de integración laboral cuando llega la actual recesión, sus tasas de empleo quedan por debajo de las que alcanzaron generaciones previas de hombres universitarios en sus mismas edades. Así, los nacidos en 1976-80 no llegan a alcanzar el 90 por ciento y la cohorte 1981-85 no llega al 80 por ciento a los 31-35 años situándose, por tanto, más de diez puntos por debajo de las tasas de empleo de los hombres universitarios nacidos en los setenta. Lo mismo se observa para los nacidos en 1986-90.

En el caso de las mujeres, los efectos de la crisis sobre cada generación resultan más difíciles de ver por las particularidades de sus trayectorias, que resultan distintas no solo para mujeres mayores o jóvenes, sino también porque las diferencias entre niveles de estudios son más intensas que en el caso de los hombres.

Si analizamos qué ocurre a las mujeres jóvenes con estudios básicos, encontramos el efecto ya citado de descenso de las tasas de empleo. En la cohorte 1966-70, vemos que a los 40-44 años se alcanza su valor máximo (48 por ciento) para descender a partir de ese tramo de edad ligeramente, de forma que esta cohorte registra valores inferiores a los de la cohorte previa (1961-65). Le ocurre lo mismo a las nacidas en 1971-75 que muestran cifras de empleo con valores superiores a la generación anterior hasta llegar a los 37-41 años (es decir, a partir de

2008). Las nacidas en 1976-80 son la primera cohorte que muestra un descenso importante en la tasa de empleo, con un comportamiento similar al de las nacidas en 1981-85. Estas mujeres alcanzan sus mayores tasas de empleo a los 21-27 años, descendiendo a partir de entonces. En el caso de las nacidas en 1976-80, la tasa cae del 59 por ciento al 47 por ciento y si atendemos a la cohorte 1981-85, el descenso es de 8 puntos. Respecto a las nacidas en 1986-90, no se produce una reducción de la tasa, pero ésta se sitúa como máximo en un 46 por ciento durante la veintena, lo que implica que esta cohorte registra tasas inferiores a las de las mujeres con estudios básicos nacidas en 1971-75. Finalmente, las nacidas en 1991-95 que empiezan a insertarse laboralmente en un entorno de crisis no llegan a una tasa de empleo del 20 por ciento a los 20 años.

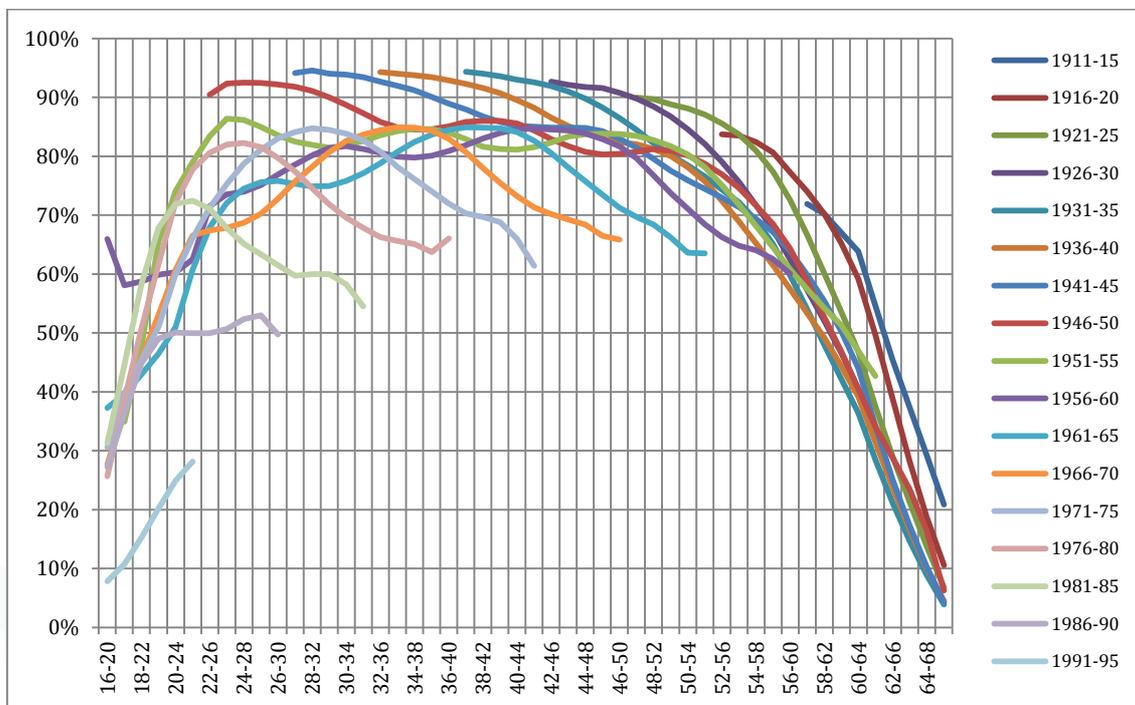
El comportamiento laboral de las mujeres con estudios medios es similar al de la que tienen estudios básicos, si bien alcanzan cifras de empleo más altas y el efecto de la crisis es menor. Sin embargo, tenemos los mismos rasgos característicos: en primer lugar, la generación 1966-70 empieza a reducir su tasa de empleo a partir de los 37-41 años, de forma que a partir de entonces es inferior a la de la tasa de la cohorte anterior. En segundo lugar, las nacidas durante la década de los 70 ven reducida su tasa de empleo como consecuencia de la crisis en unos cinco puntos porcentuales. Y, en tercer lugar, las más jóvenes tienen más dificultades de inserción laboral con tasas de empleo inferiores al 20 por ciento.

La trayectoria laboral de las mujeres universitarias es la más similar a la de los hombres. Así, cada cohorte alcanza cifras de ocupación superiores a la de la generación anterior, con máximos en torno al 85 por ciento en las edades centrales de la vida. No obstante, en ningún caso se alcanzan las cifras correspondientes a los hombres, que superan el 90 por ciento. Si atendemos a los efectos de la crisis sobre las mujeres jóvenes, podemos ver que, en los tramos finales de las líneas correspondientes a las mujeres nacidas en la década de los 70 y posteriores, aparece un ligero descenso de unos 2-3 puntos porcentuales. Este mantenimiento de las tasas de empleo puede reflejar que la crisis ha supuesto un freno al incremento de la ocupación de las mujeres universitarias que, quizá, en un entorno de crecimiento podrían haber alcanzado el 90 por ciento. De hecho, las nacidas en 1981-85 no llegan a las cifras registradas por las dos generaciones previas. Así, aunque la tasa no desciende no alcanza el 80 por ciento a los 29-33 años (cinco puntos menos que las que tenían las mujeres nacidas en la década de los setenta a la misma edad). Además, es interesante señalar que esta cohorte tenía una tasa de empleo mayor que casi todas las anteriores durante la veintena. Este proceso finaliza, probablemente como consecuencia de la crisis económica.

CUADRO RESUMEN 2

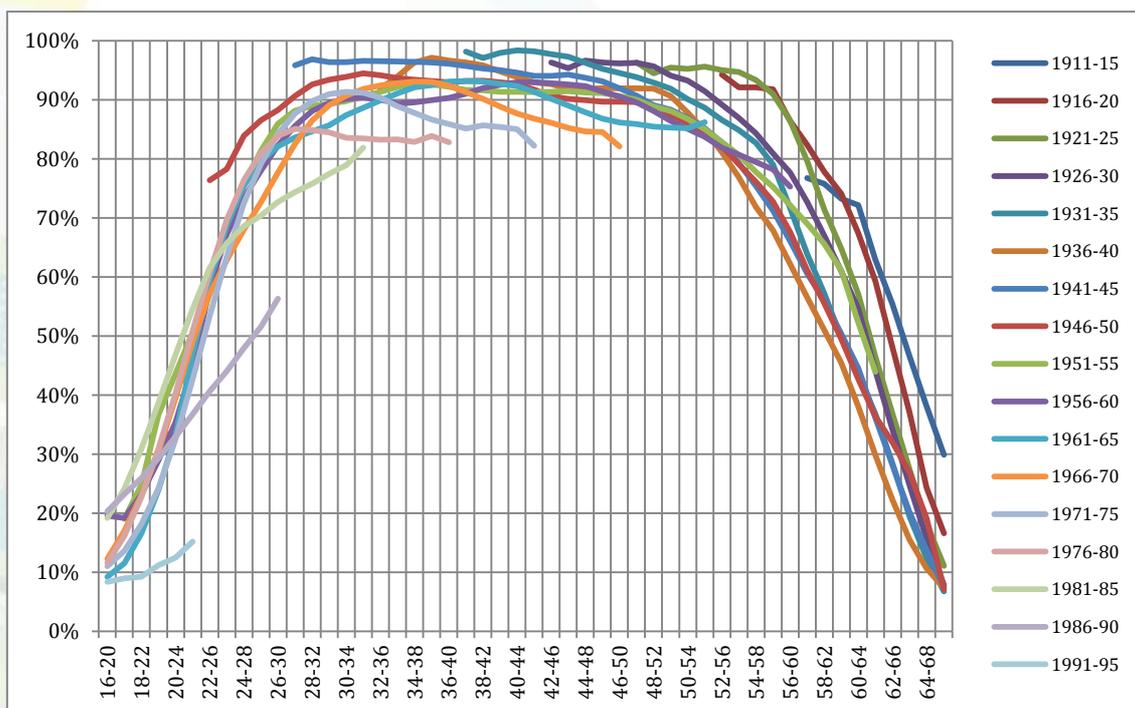
1. La crisis económica supone una reducción de unos 15 puntos porcentuales en la tasa de empleo de los hombres nacidos en 1961-1965. Para las cohortes más jóvenes, la pérdida de empleo es menor, pero se observa —especialmente en los nacidos en los ochenta y noventa— que no llegan a alcanzar las tasas de empleo máximas de las generaciones previas. Por ejemplo, los nacidos en 1976-80 alcanzan el 82 por ciento a los 27-31 años, lo que supone no llegar al 90 por ciento que superaban generaciones previas.
2. La entrada en el mercado de trabajo en momentos de crisis o de expansión condiciona la trayectoria laboral, si bien en términos de la tasa de empleo el efecto se diluye en el largo plazo. No obstante, la intensidad de la crisis actual deja el interrogante de si sus efectos serán permanentes sobre las cohortes más afectadas.
3. El efecto de la crisis sobre el empleo de las mujeres ha sido mayor en términos de freno a su incremento en el tiempo que en reducción de las tasas de empleo.
4. Por niveles de estudio se observa que las tasas de empleo máximas son mayores cuanto mayor en el nivel de cualificación, a la vez que es menor la caída del empleo como consecuencia de la crisis.

Gráfico 4. Tasa de empleo de los hombres con estudios básicos



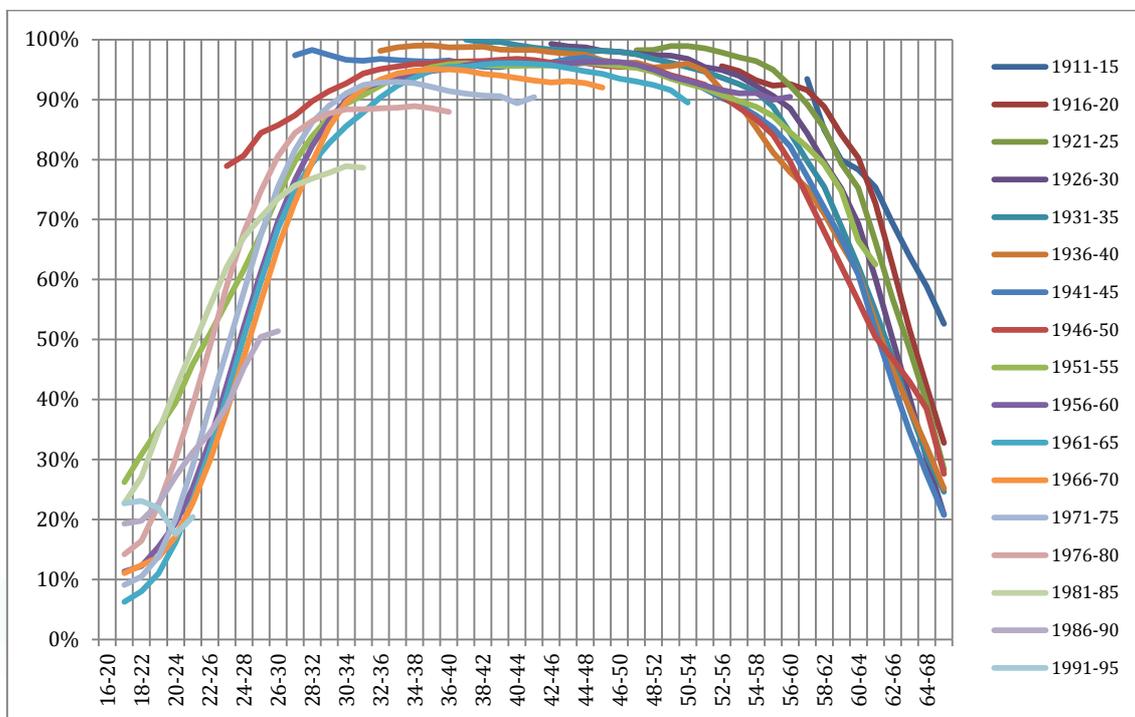
Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA

Gráfico 5. Tasa de empleo de los hombres con estudios medios



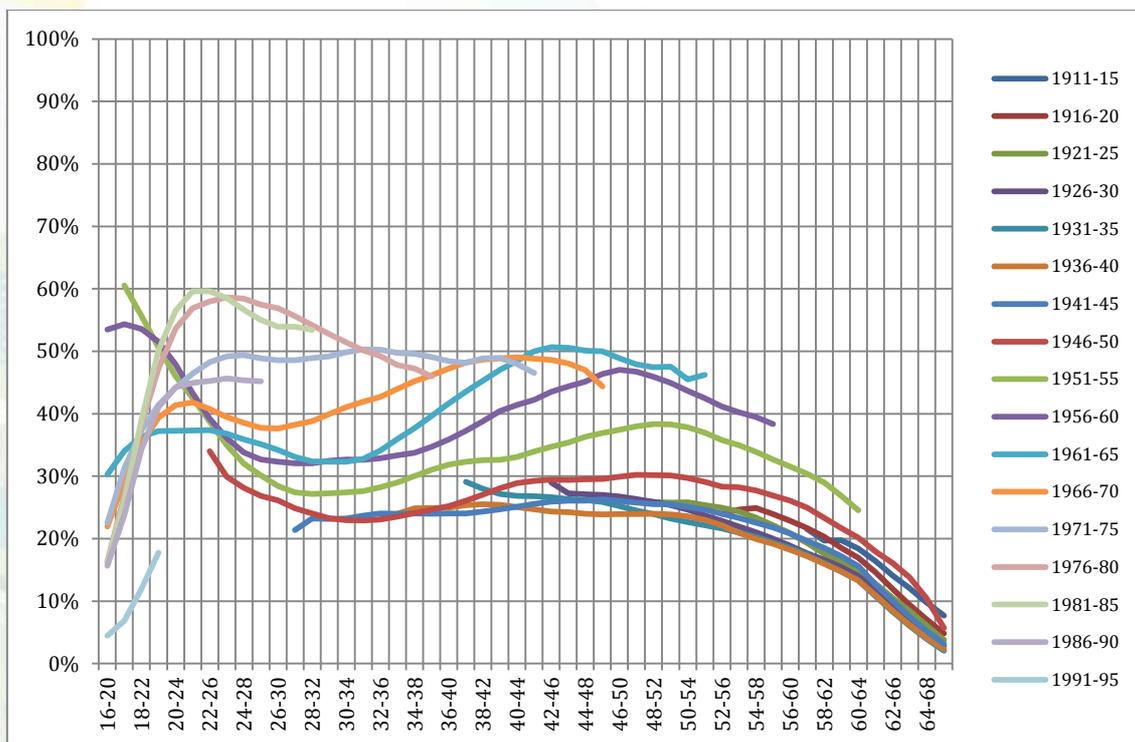
Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA

Gráfico 6. Tasa de empleo de los hombres con estudios universitarios



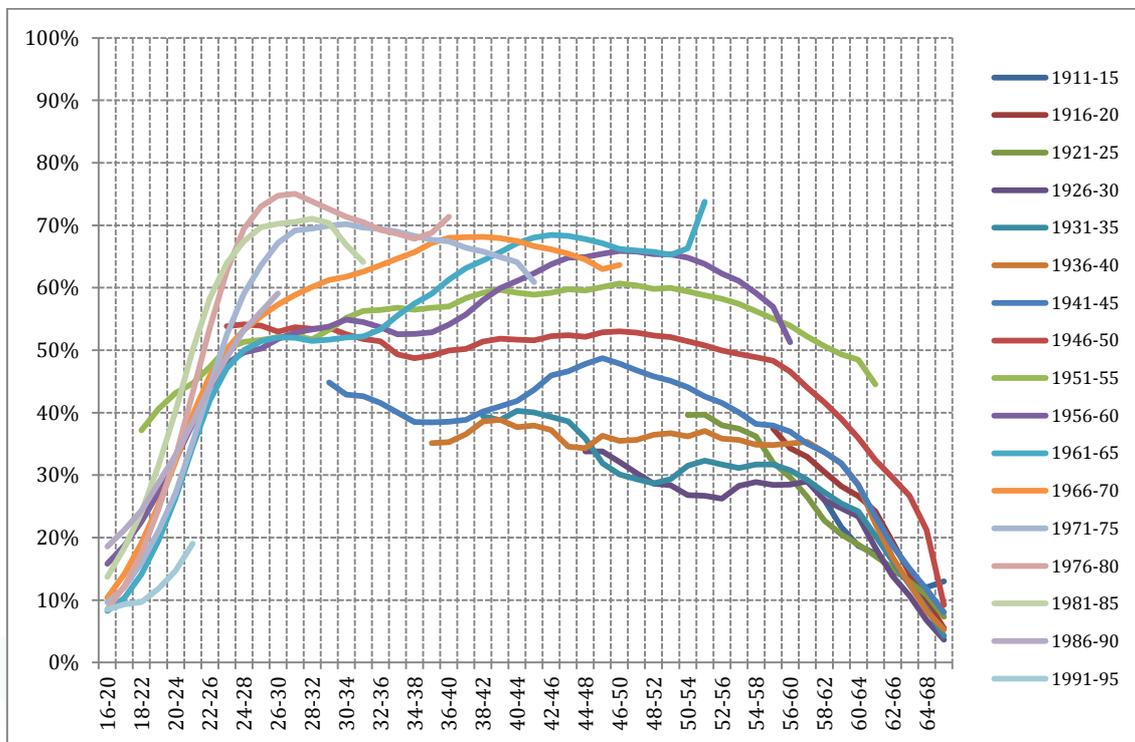
Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA

Gráfico 7. Tasa de empleo de las mujeres con estudios básicos



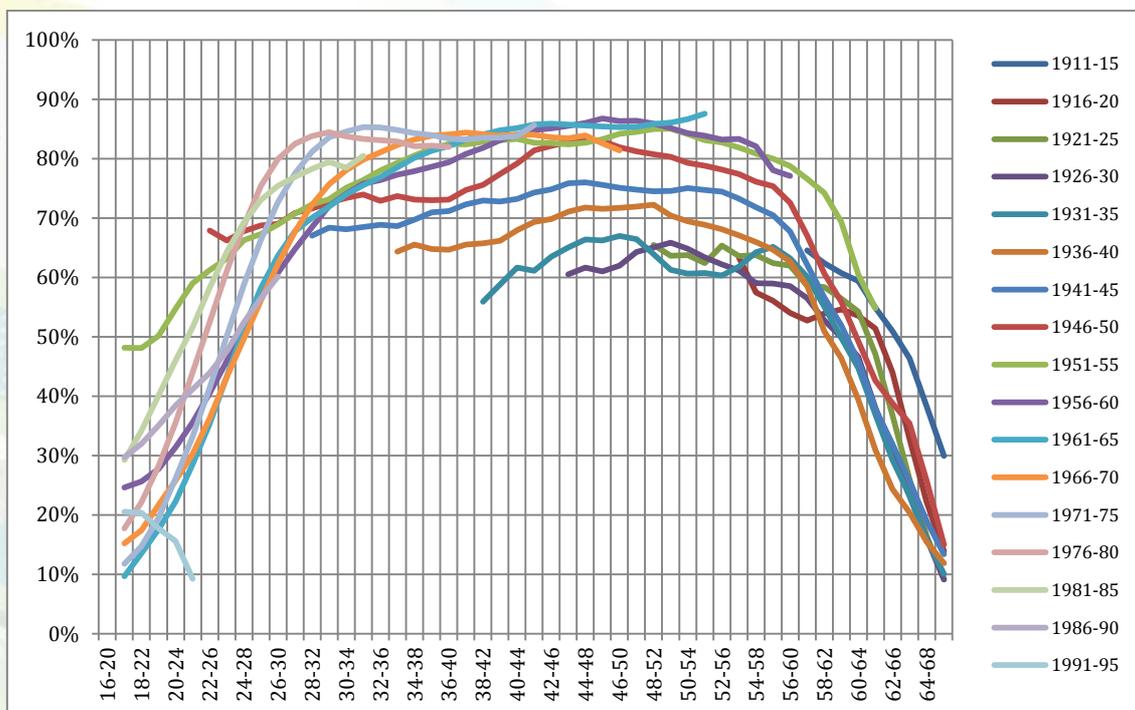
Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA

Gráfico 8. Tasa de empleo de las mujeres con estudios medios



Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA

Gráfico 9. Tasa de empleo de las mujeres con estudios universitarios



Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA

2.1.2. La temporalidad dentro de la vida laboral

Para analizar la evolución de la temporalidad y su relevancia para el empleo desde un punto de vista generacional, también utilizaremos cohortes ficticias. En este caso, debemos tener en cuenta dos cuestiones. En primer lugar, que utilizamos las EPAs a partir del año 1987, en el cual se introdujo una pregunta sobre el tipo de contrato del entrevistado, por lo que las trayectorias laborales que observamos son más cortas. Y, en segundo lugar, que utilizamos como indicador lo que podríamos llamar la tasa de temporalidad absoluta, es decir, el número de ocupados con contrato temporal sobre el número de personas total en cada cohorte. Esta tasa de temporalidad no es la que se suele utilizar habitualmente, que se calcula utilizando como denominador el número de asalariados. Por tanto, si la tasa de temporalidad absoluta es de un 20 por ciento, no podemos decir que el 80 por ciento restante tenga un contrato indefinido puesto que, al tomar como referencia toda la población, se incluyen entre las situaciones alternativas otro tipo de empleo, el desempleo y la inactividad. La razón de usar como denominador la población en cada grupo de edad y no solo el total de asalariados en ese grupo de edad es para observar lo que sucede con la temporalidad en comparación con el verdadero tamaño de cada cohorte y no en comparación meramente con los que tienen una relación laboral por cuenta ajena. De esta manera, el seguimiento de la cohorte a lo largo del tiempo es más intuitivo.

En el Gráfico 10 se muestra la tasa de temporalidad absoluta de los hombres. La primera generación en la que la temporalidad es un fenómeno importante es la que corresponde a los nacidos en 1961-65, que tiene entre 19 y 23 años en 1984, cuando se rompió el principio de causalidad de la contratación temporal y se pasó a poder usar contratos temporales para tareas permanentes de la empresa. Es decir, su integración en el mercado de trabajo coincide con la generalización en el uso de los contratos temporales que llegó a abarcar la tercera parte de los asalariados durante la década de los noventa⁵. Entre los 25 y 29 años, casi el 25 por ciento de toda la generación nacida en 1961-65 trabajaba con un contrato temporal. A partir de estas edades, su tasa de temporalidad absoluta comienza a descender, coincidiendo con el momento de consolidación en el mercado de trabajo y, por tanto, con el acceso a un contrato indefinido.

En las generaciones posteriores el uso de los contratos temporales es aún más intenso. Así, se puede observar que el máximo llega al 30 por ciento de toda la cohorte entre los 21 y los 28 años. Las cohortes 1966-70, 1971-75 y 1976-80 presentan un patrón muy similar en la entrada (una temporalidad del 15 por ciento antes de los 20 años) que se va incrementando hasta alcanzar el 31 por ciento a los 23-27 años, para luego comenzar a descender y ser inferior al 20 por ciento a partir de los 30 años. Sin embargo, también hay particularidades y, así, este 20 por ciento se alcanza cada vez a edades más jóvenes: a los 31-35 en la cohorte 1966-70, a los 30-34 en la 1971-75 y a los 29-33 en el caso de los nacidos en 1976-80.

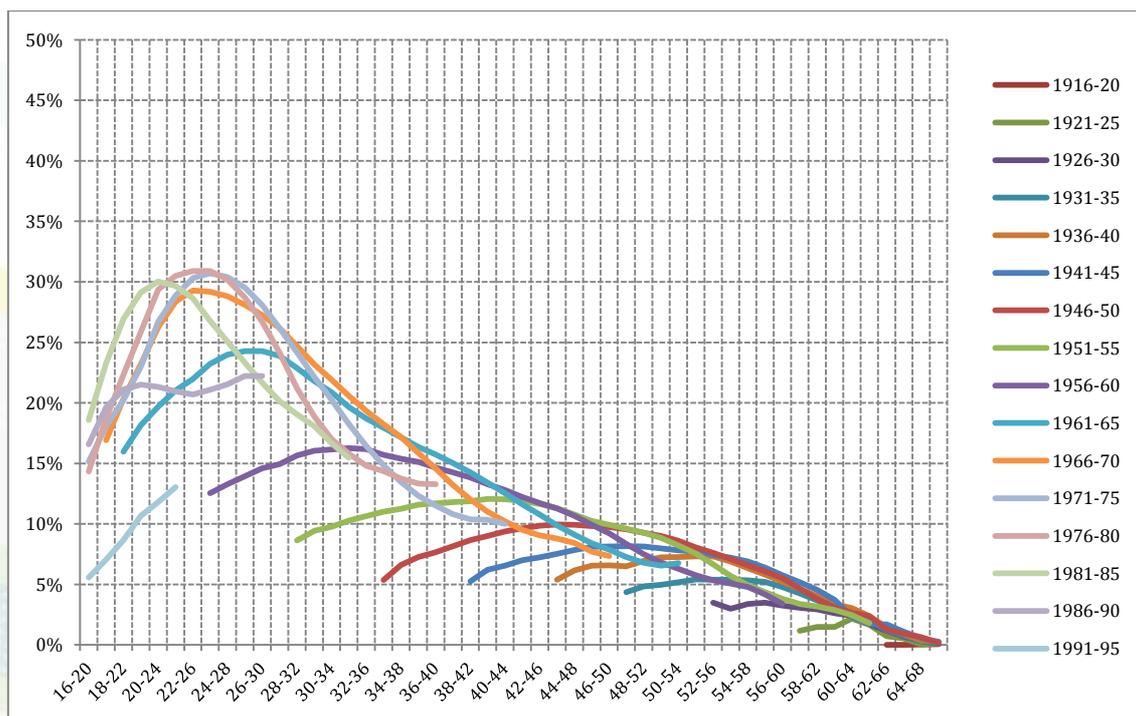
La cohorte 1981-85 muestra el mismo patrón que las anteriores generaciones, si bien un poco adelantado. Es decir, la tasa de temporalidad absoluta casi llega al 20 por ciento antes de los 20 años y se alcanza el máximo (30 por ciento) a los 20-24, edades en las que comienza a descender con rapidez de forma que se sitúa en cifras inferiores en unos diez puntos porcentuales a las de las generaciones previas. Sin embargo, no debemos entender esta reducción de la temporalidad como acceso a un contrato indefinido sino como el efecto de la pérdida de empleo derivada de la crisis económica. Son jóvenes que en 2007 tienen entre 22 y 26 años, que son expulsados del mercado laboral como consecuencia de la fuerte destrucción de empleo.

⁵ Sobre el efecto que la reforma de 1984 tuvo sobre las distintas cohortes puede consultarse Malo y Cueto (2013).

Estos efectos y las dificultades de integración laboral que ha traído la crisis se ven con mayor claridad todavía en las cohortes nacidas en 1986-90 y 1991-95. La primera supera ligeramente el 20 por ciento de temporalidad absoluta en el periodo que podemos observar (antes de que alcancen los 30 años de edad) y las dificultades son aún mayores para la última cohorte, que no llega al 15 por ciento en el periodo que son observados. Debemos recordar que su tasa de empleo no llegaba al 20 por ciento, lo que implica que prácticamente todos estos jóvenes trabajan con un contrato temporal.

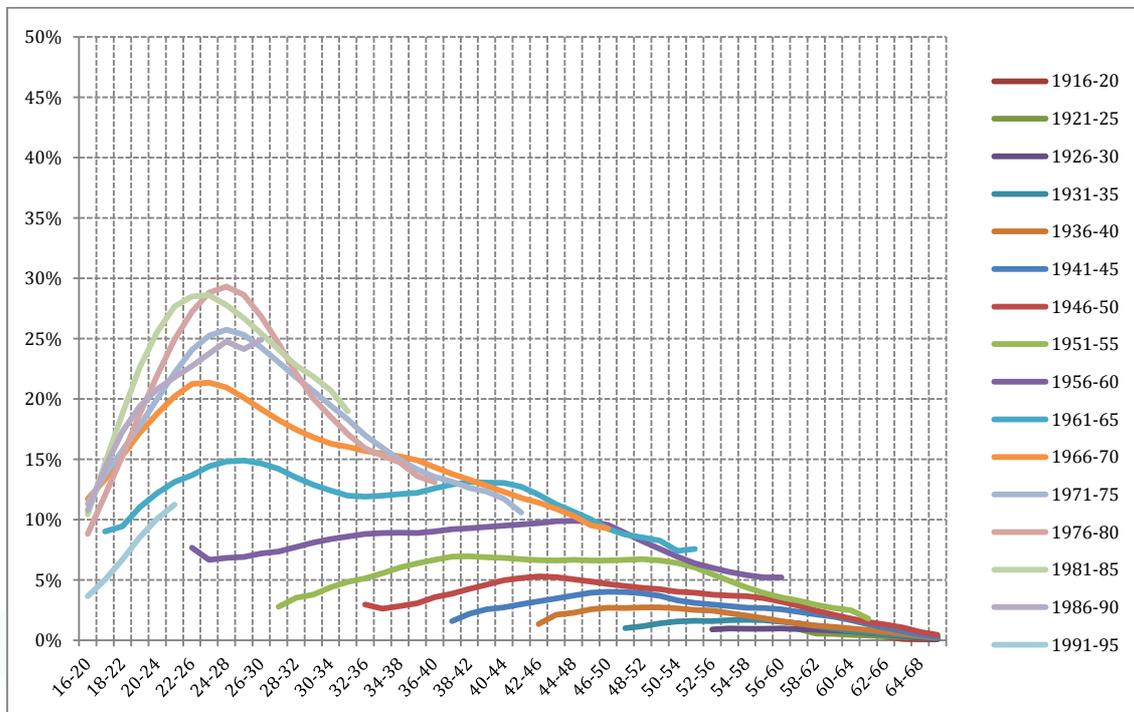
Los comentarios que podemos hacer para la tasa de temporalidad absoluta de las mujeres (Gráfico 11) son similares a los ya realizados para los hombres. Las particularidades que se pueden señalar se refieren sobre todo a las generaciones menos jóvenes. Las tasas de temporalidad son más bajas para las mujeres que para los hombres, siendo la diferencia menor conforme más joven es la generación. Hay que tener en cuenta que nuestra tasa se calcula sobre el total de mujeres (no el total de asalariadas, como la tasa de temporalidad que habitualmente se calcula en los análisis de mercado de trabajo), por lo que esta menor tasa de temporalidad absoluta está relacionada con la menor participación de la mujer en el mercado laboral. En las generaciones de mujeres nacidas en 1966-70 y en adelante, el perfil es similar al descrito para los hombres, con máximos en torno a los 22-28 años.

Gráfico 10. Tasa de temporalidad absoluta de los hombres



Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA

Gráfico 11. Tasa de temporalidad absoluta de las mujeres



Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA

Sin embargo, el efecto de la crisis vuelve a ser diferente, puesto que el descenso en la tasa de temporalidad absoluta es menor que para los hombres, sobre todo en el caso de la cohorte 1986-90 que aunque no alcanza los niveles de las dos generaciones previas, se sitúa en torno a un 25 por ciento a los 24-28 años, superando, por tanto, a la de los hombres de la misma cohorte.

En definitiva, las generaciones más afectadas por la temporalidad han sido sobre todo las que entraron en el mercado de trabajo a la par que se facilitaba el uso de los contratos temporales (justo después de 1984). No obstante, la temporalidad iba disminuyendo paulatinamente al incrementarse la edad. Con posterioridad, las pautas de disminución de la temporalidad se acentuaron. Sin embargo, con la llegada de la crisis el brusco descenso de la temporalidad está fuertemente relacionado con la falta de acceso al empleo y no con transiciones a puestos de trabajo con contrato indefinido.

La temporalidad afecta de manera más intensa a quienes tienen niveles de estudios más bajos, colocándolos continuamente “en el margen” de ser contratados de nuevo. Así, con la llegada de la recesión su mayor temporalidad se convierte en un grave problema, pues muchos de ellos necesitan ser contratados en el momento en que está cayendo la contratación (temporal e indefinida). El efecto es aún más intenso para los más jóvenes, pues no han tenido tiempo para que algunos de ellos se estabilicen con el paso del tiempo. Este fenómeno es similar para las mujeres aunque con menor intensidad.

En el anexo se ofrecen los mismos gráficos de temporalidad absoluta desagregados por niveles de estudio, tanto para varones como para mujeres. El efecto de los estudios sobre la temporalidad se manifiesta en dos aspectos. En primer lugar, una mayor temporalidad en los estudios básicos que en los medios y en los universitarios, de tal manera que un mayor nivel educativo conlleva una mayor tasa de empleo y una mayor estabilidad en el empleo (menor temporalidad) en las edades centrales de la vida. En segundo lugar, la tasa máxima de temporalidad absoluta se registra en la juventud, pero el máximo se da a edades más altas

conforme mayor es el nivel de estudios a consecuencia de la entrada más tardía en el mercado de trabajo de quienes poseen estudios universitarios en comparación con quienes tienen estudios básicos. Dicho esto, el efecto de la crisis se manifiesta, como ya se ha explicado para el conjunto de la población, en un descenso de la tasa de temporalidad absoluta de las generaciones más jóvenes, si bien en el caso de los universitarios, el efecto de la crisis sobre estas generaciones es ciertamente muy inferior.

CUADRO RESUMEN 3

1. La vía más habitual de entrada al mercado de trabajo de los jóvenes es la contratación temporal. Esto se manifiesta en unas tasas de temporalidad absoluta del 30 por ciento entre los 21 y los 28 años.
2. La crisis ha reducido las tasas de temporalidad absoluta. Sin embargo, esto no debe interpretarse como un aumento de la importancia de los contratos indefinidos y las carreras laborales estables, sino como la expulsión del mercado de trabajo de quienes tienen una posición más débil en el mismo y una mayor dificultad de entrada para quienes buscan su primer empleo.

2.1.3. Análisis de la trayectoria laboral de las cohortes 1976-80 y 1981-85

En los gráficos que siguen se muestra la distribución de la situación en relación con la actividad de las cohortes 1976-80 y 1981-85, a fin de observar cómo afecta la crisis a la evolución de su situación laboral. De esta manera, es posible entender mejor el papel de la temporalidad en el proceso de integración laboral de los jóvenes y qué ha cambiado con la actual recesión. En los gráficos, se ha señalado con una línea el comienzo de la crisis económica para observar más fácilmente cuáles son los efectos de la crisis.

En el caso de los hombres nacidos en 1976-80 (Gráfico 12), podemos señalar que su integración en el mercado de trabajo se produce fundamentalmente a través de los contratos temporales, de forma que, antes de los 20 años de edad, aquellos que trabajan lo hacen con esta fórmula contractual, siendo los contratos indefinidos y la ocupación por cuenta propia situaciones minoritarias. La contratación temporal sigue aumentando en importancia de forma sostenida hasta los 24-28 años, en los que pasa a descender como consecuencia de un aumento de la contratación indefinida (que supera el 20 por ciento del total de hombres en la cohorte a partir de los 21-25 años). En cuanto a la inactividad, desde niveles cercanos al 70 por ciento a los 16-20 años, desciende rápidamente hasta situarse en valores inferiores al 10 por ciento de la cohorte a partir de los 26-30 años mientras que el desempleo se sitúa también en cifras similares respecto de la población total.

Los efectos de la crisis se traducen en un incremento de la situación de desempleo a partir de los 28-32 años como consecuencia sobre todo de la destrucción de empleo temporal. Así, el descenso que se aprecia en la proporción de contratos temporales a partir de los 24-28 años responde, en primer lugar, al paso al empleo indefinido, pero posteriormente a la pérdida del trabajo y la entrada en el desempleo, que se sitúa en el 18 por ciento en los últimos momentos observados. También se aprecia un ligero aumento de la ocupación por cuenta propia recientemente que, siendo inferior al 10 por ciento en la mayor parte de la vida laboral considerada, casi alcanza el 15 por ciento a partir de los 35 años.

En los hombres de la cohorte siguiente, nacida en 1981-85 (Gráfico 13), observamos los mismos efectos de la crisis aunque, a este grupo, le afecta a partir de los 23-27 años y con mayor intensidad que a la generación anterior. El patrón general de entrada al mercado de trabajo sigue pautas semejantes. Es decir, los contratos temporales constituyen la vía de entrada para la mayor parte de la cohorte mientras que la contratación indefinida supera el 20 por ciento del total del grupo a partir de los 20-24 años y la ocupación por cuenta propia

constituye una opción minoritaria. El máximo de la contratación temporal tiene lugar a los 20-24 años, con un 30 por ciento de la cohorte. A partir de esta edad la importancia de los contratos temporales comienza a descender coincidiendo con el incremento del empleo indefinido. Sin embargo, el comienzo de la crisis da lugar a un descenso más rápido del empleo temporal y la contratación indefinida pasa a aumentar a un menor ritmo, mientras que el desempleo casi afecta al 25 por ciento de la cohorte a los 31-35 años. También se advierte, en los últimos años, observados un ligero incremento de la ocupación por cuenta propia.

En el caso de las mujeres, se pueden señalar ciertas diferencias respecto al patrón masculino de entrada al mercado de trabajo. Así, la inactividad es mayor en toda la trayectoria para la que se dispone de información. A los 16-20 años supera el 75 por ciento y a los 36-40 casi llega al 20 por ciento, duplicando la de los hombres en esas mismas edades. La entrada al mercado de trabajo mediante contratos temporales es menos rápida y el porcentaje de ocupadas por cuenta propia es aún menor que en el caso de los hombres. Estas características son similares en las dos cohortes consideradas (Gráfico 14 y Gráfico 15).

Respecto al impacto de la crisis, se puede observar a partir de la línea que señala el año 2008 un incremento del porcentaje de mujeres en desempleo, a la vez que disminuye con mayor rapidez la proporción de contratos temporales y se mantiene estable el número de empleos indefinidos.

En resumen, el efecto de la crisis sobre las generaciones más jóvenes se manifiesta en un freno en su trayectoria laboral, reduciendo el acceso a empleos indefinidos. En los gráficos 16 a 19, se observan las trayectorias laborales de las dos cohortes previas (las de nacidos en 1971-75 y 1966-70) y se aprecia que cuando estaban en la treintena los miembros de estas generaciones accedieron en gran medida a contratos indefinidos y al autoempleo, a la vez que se reduce la contratación temporal y el desempleo.

De esta forma, por ejemplo, los hombres de la cohorte nacida en 1976-80 llegan a alcanzar tasas de empleo máximas del 80 por ciento justo antes de que empiece la crisis, momento en el que tenían de 27 a 31 años de edad. Para edades superiores, la tasa de empleo se reduce ligeramente. En cambio, las dos cohortes previas, en esas edades, alcanzan máximos en sus tasas de empleo de casi el 90 por ciento.

Lo que no podemos saber es si estos efectos van a ser duraderos y, por tanto, las cohortes jóvenes no alcanzarán en el futuro las altas tasas de empleo de las cohortes anteriores o si, por el contrario, en algún momento podrá superarse esta situación⁶. Sí que se trata, no obstante, de una situación muy preocupante.

El problema es aún más grave si tenemos en cuenta el tamaño de estas cohortes en relación al volumen de la población entre 16 y 64 años. La generación nacida en 1976-1980 suponía, en 2012, el 11,9 por ciento de dicha población (casi 3 millones de personas: 1,5 millones de hombres y 1,4 de mujeres), lo que la convierte en la segunda generación más numerosa en términos de número de personas en relación con el tamaño de la población potencialmente activa⁷. Por tanto, que esta cohorte no alcance la tasa de empleo de generaciones previas supone que el volumen de personas desempleadas o inactivas sea muy elevado en comparación con otros momentos del pasado. Aunque el descenso de la natalidad ha reducido el tamaño de las cohortes, en el caso de los nacidos en 1981-1985, representan un 9,5 por ciento de la población con edad comprendida entre los 16 y 64 años en 2012 y, por tanto, la cantidad de personas más afectadas por la crisis es muy elevada. Además, aunque el nivel

⁶ Un trabajo previo de los autores (Malo y Cueto, 2012) compara el impacto de la crisis actual con la de los primeros años ochenta sobre las generaciones que en cada crisis estaban en pleno proceso de integración laboral. Se concluía en dicho trabajo que las cohortes afectadas por la crisis de los primeros años ochenta registraban una pérdida de empleo que se recuperaba paulatinamente hasta las tasas de empleo de generaciones previas, aunque con más lentitud. No obstante, el impacto de la crisis actual está siendo superior a la de aquel momento (y desde luego bastante mayor que la crisis de los años noventa).

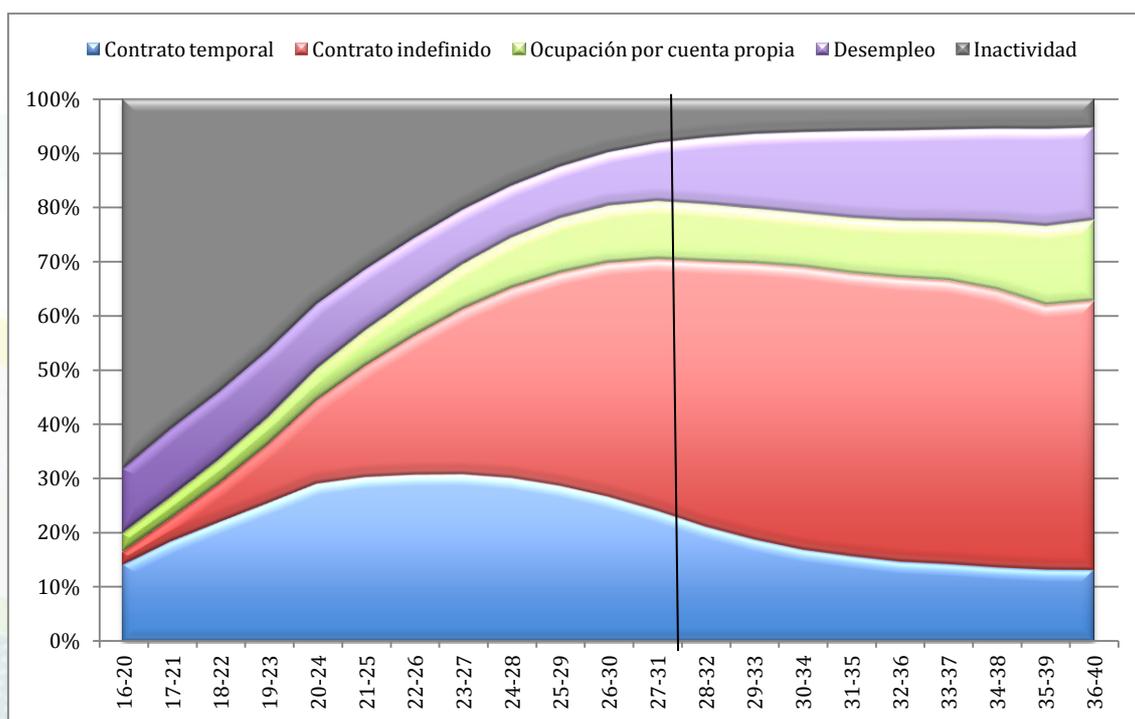
⁷ La cohorte nacida en 1971-1975 supone el 12,3 por ciento de la población entre 16 y 64 años.

educativo de las generaciones más jóvenes ha mejorado, el porcentaje de personas con estudios básicos en dichas generaciones se sigue manteniendo por encima del 30 por ciento⁸.

CUADRO RESUMEN 4

1. El análisis detallado de la trayectoria laboral de las cohortes nacidas en 1976-1980 y en 1981-85 muestra que el contrato temporal es la vía de entrada al mercado de trabajo.
2. Para esas mismas cohortes, a partir de los 24-28 comienza una transición al empleo indefinido.
3. No obstante, la crisis ha contribuido a la destrucción de empleo temporal a la vez que ralentizaba el tránsito a la contratación indefinida, aumentaba el desempleo y ligeramente la inactividad.
4. En estas cohortes, los efectos descritos de la crisis sobre la integración laboral son similares para hombres y para mujeres.

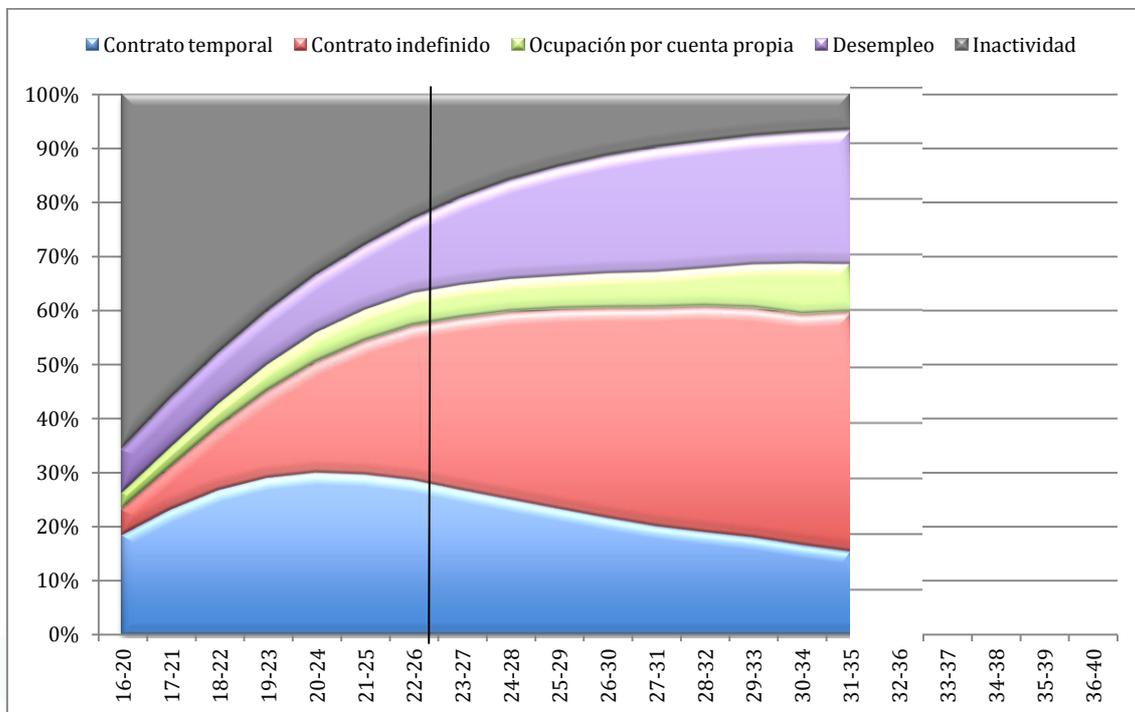
Gráfico 12. Trayectoria laboral de los hombres de la cohorte 1976-80



Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA

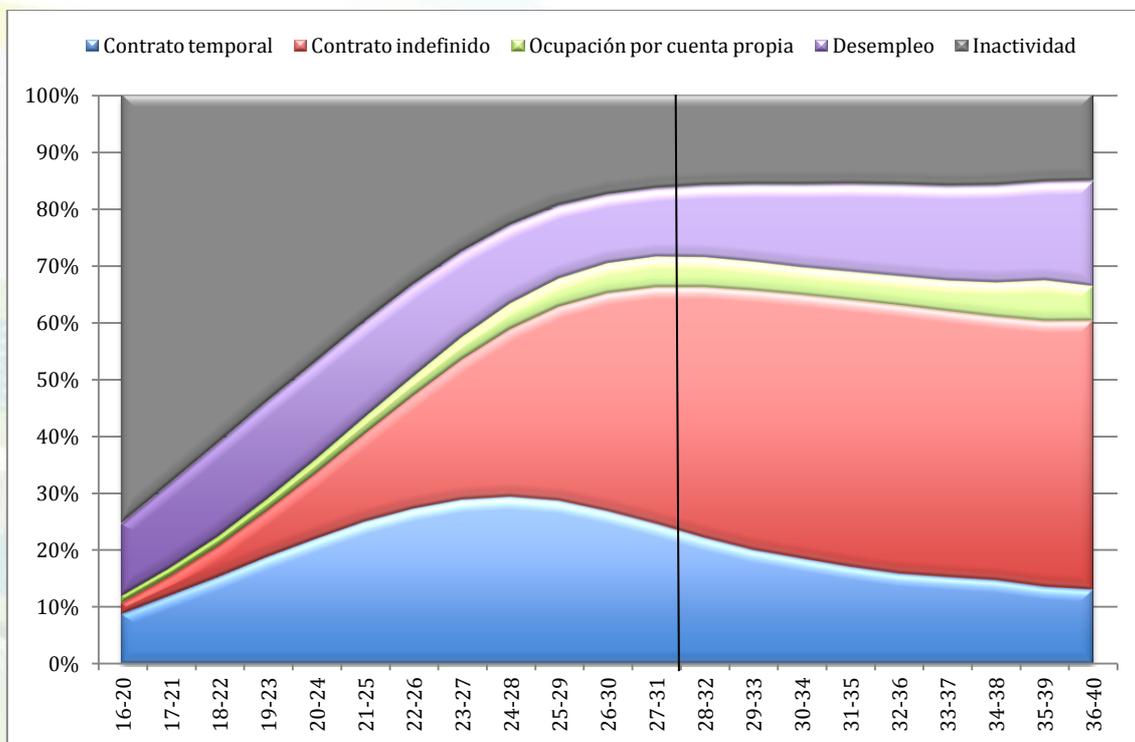
⁸ En la generación nacida en 1976-1980, el porcentaje de hombres con estudios básicos es de un 44 por ciento y el de mujeres un 33 por ciento. En el caso de la generación nacida en 1981-1985, dichos porcentajes ascienden a un 39 y 27 por ciento, respectivamente para hombres y mujeres.

Gráfico 13. Trayectoria laboral de los hombres de la cohorte 1981-85



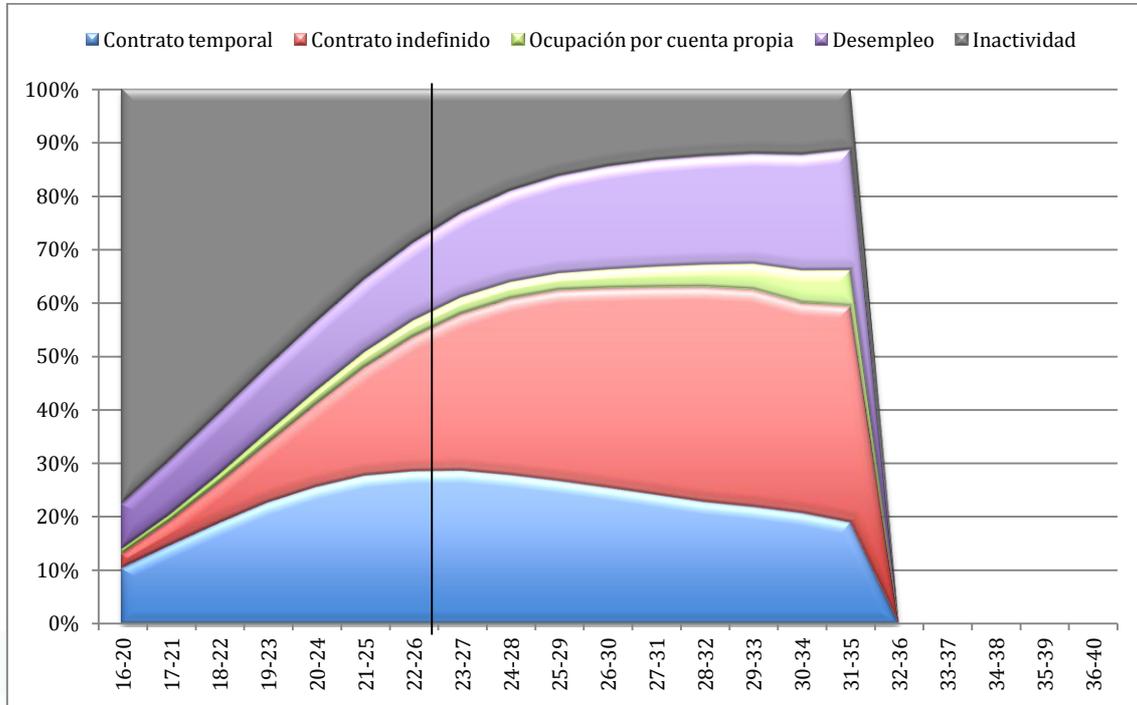
Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA

Gráfico 14. Trayectoria laboral de las mujeres de la cohorte 1976-80



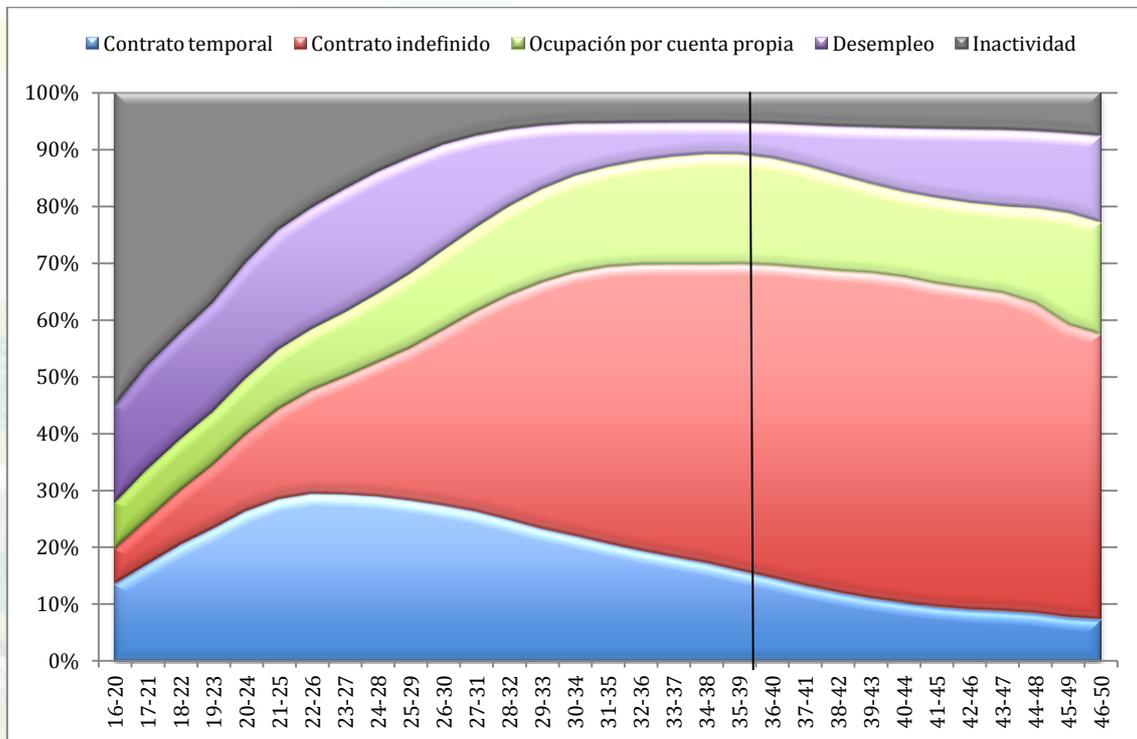
Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA

Gráfico 15. Trayectoria laboral de las mujeres de la cohorte 1981-85



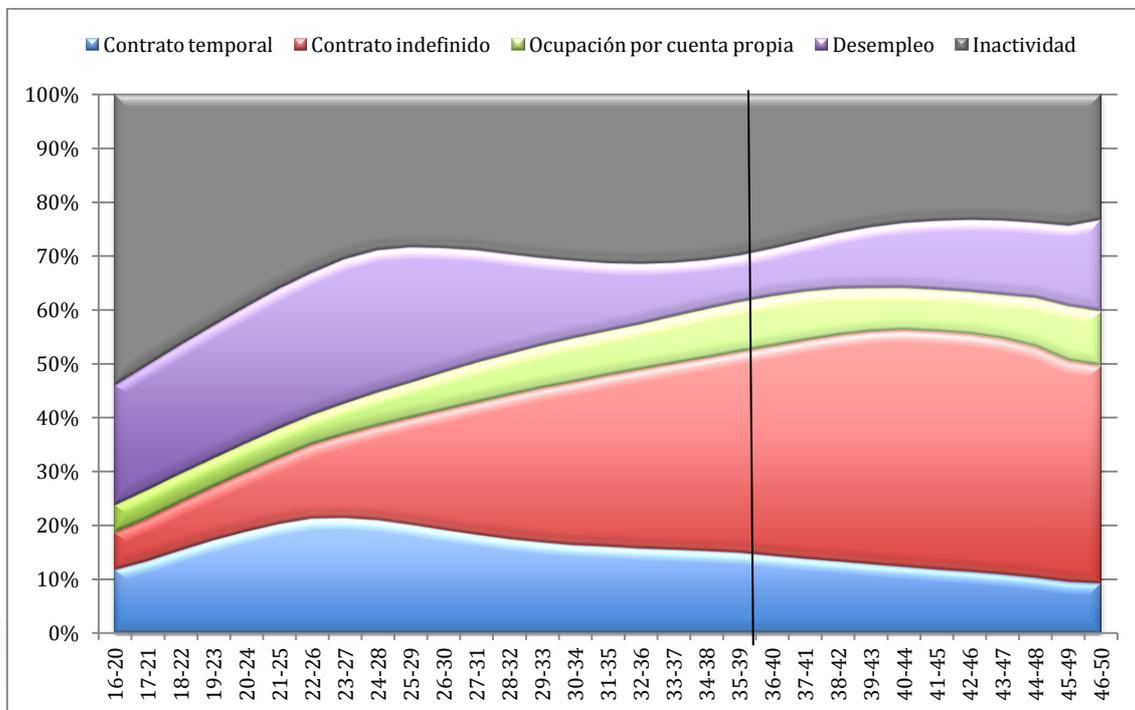
Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA

Gráfico 16. Trayectoria laboral de los hombres de la cohorte 1966-70



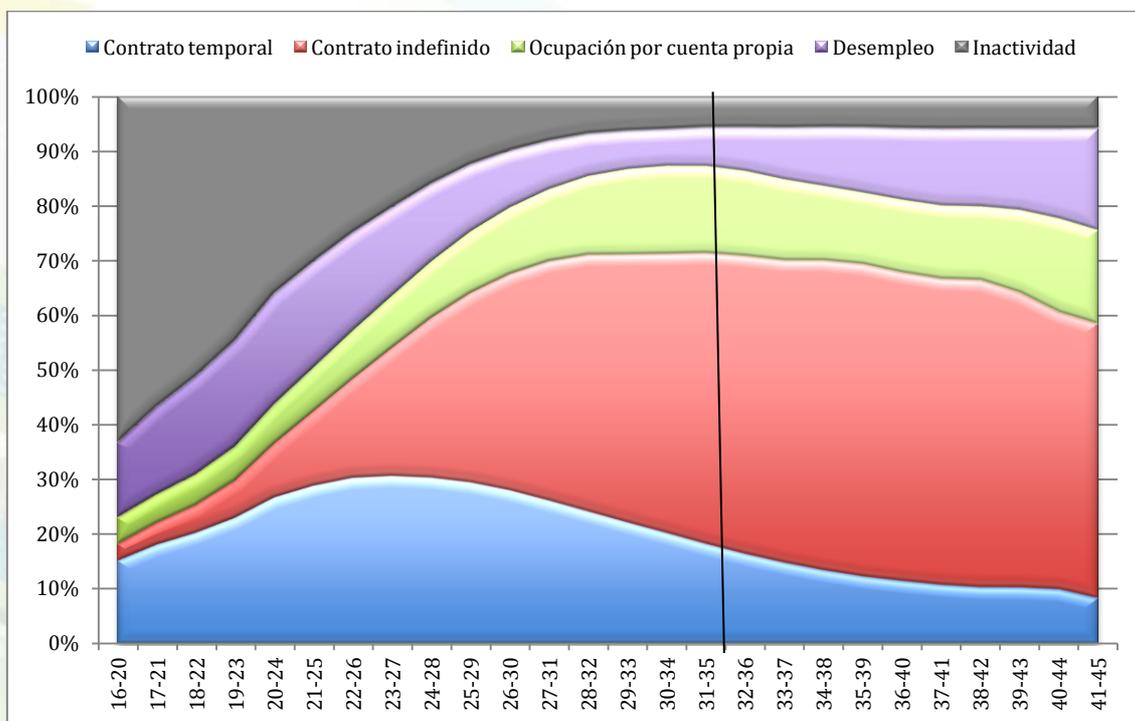
Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA

Gráfico 17. Trayectoria laboral de las mujeres de la cohorte 1966-70



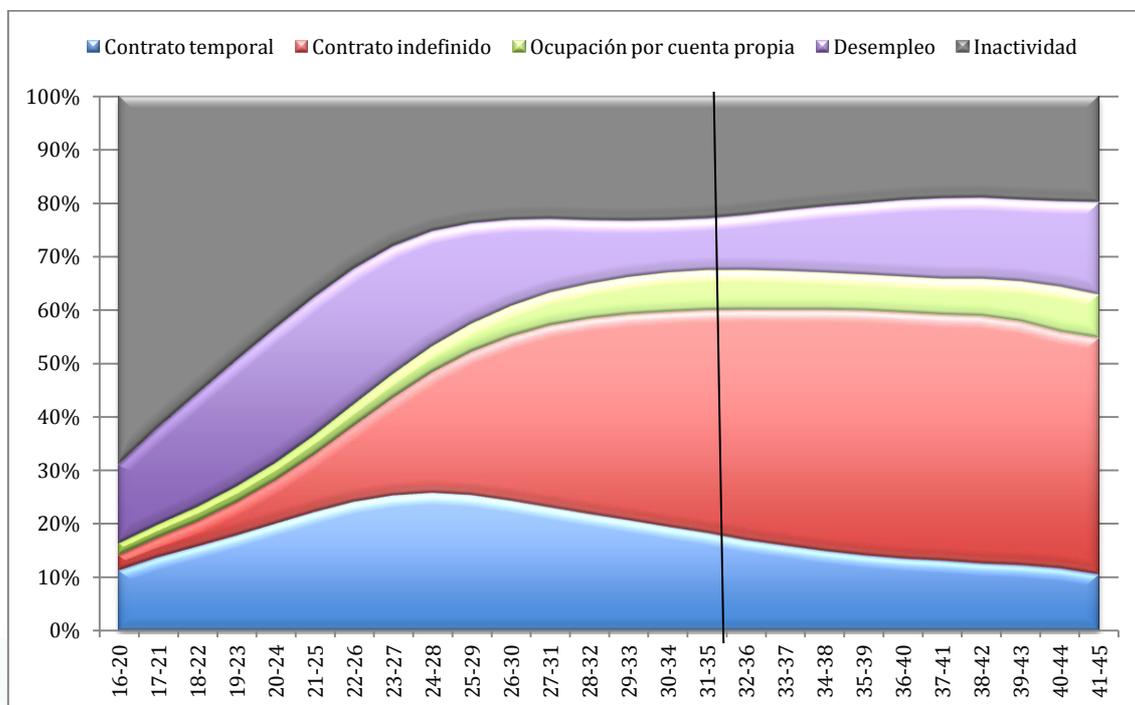
Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA

Gráfico 18. Trayectoria laboral de los hombres de la cohorte 1971-75



Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA

Gráfico 19. Trayectoria laboral de las mujeres de la cohorte 1971-75



Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA

2.2. Los inmigrantes extranjeros

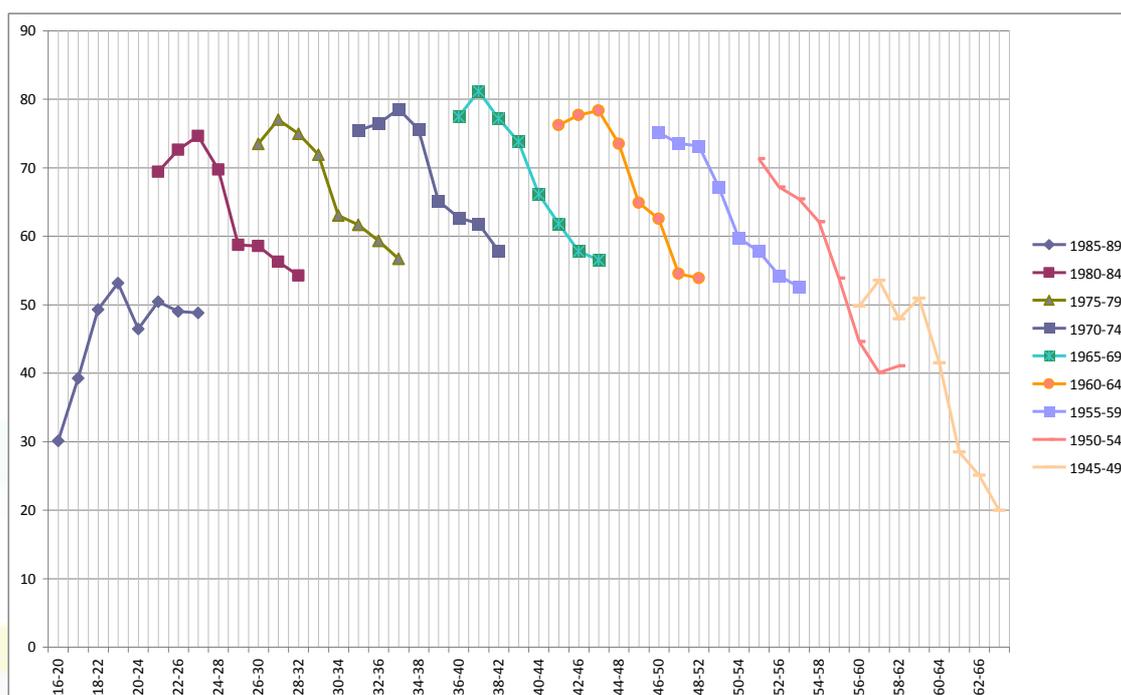
Al inicio de esta segunda sección, se indicaba que el método de cohortes ficticias se aplica únicamente a los españoles nacidos en España para, de esta forma, tratar de asegurar que seguimos básicamente a la misma población a lo largo del tiempo. La mayor movilidad de entrada y salida de los inmigrantes hace que su composición cambie con el tiempo en lugar de ser estable como ocurre con los españoles nacidos en España.

No obstante, Carrasco y García-Serrano (2012) aplican este método teniendo en cuenta ciertas restricciones para así seguir a lo largo del tiempo a una población inmigrante lo más estable posible a lo largo del tiempo. De esta forma, utilizan las EPAs trimestrales para construir ficheros anuales (a fin de paliar el problema de tamaño muestral), comienzan en el año 2005 y, sobre todo, introducen condiciones sobre el tiempo de residencia en España. En el primer año considerado (2005), se exige un tiempo mínimo de residencia de un año, ampliando un año de forma anual (2 años en 2006, 3 en 2007 y así sucesivamente hasta 8 años de residencia en 2012). De esta manera, se intenta asegurar que se sigue al mismo grupo de extranjeros. La principal limitación de este procedimiento consiste en que solo proporciona información de la población inmigrante extranjera más estable y que con mayor probabilidad ha conseguido seguir un proceso de asimilación económica; es decir, no puede recoger lo que sucede con los inmigrantes extranjeros más móviles (que es una parte importante de dicha población).

Sus resultados muestran, por una parte, que las trayectorias de empleo de los extranjeros son similares a las de los españoles (aunque recuérdese que se sigue a los inmigrantes extranjeros que, con mayor probabilidad, han conseguido la asimilación económica). Por otra parte, sus resultados también muestran que el impacto de la crisis ha sido mucho mayor sobre los extranjeros, "independientemente de su edad, aunque la intensidad fue mayor entre los más jóvenes y menor entre los de más edad" (Carrasco y García-Serrano, 2012). Tal y como se

puede apreciar en el Gráfico 20⁹, la reducción en la tasa de empleo se sitúa en torno a los 20 puntos porcentuales en casi todas las cohortes. Únicamente en la más joven (nacida entre 1985 y 1989) se produce, como veíamos que ocurría para los españoles nacidos en España, un freno al crecimiento en la tasa de empleo que se mantiene en el 50 por ciento desde los 18-22 años los 23-27 años.

Gráfico 20. Tasas de empleo de las cohortes de nacimiento en el periodo 2005-2012: extranjeros nacidos fuera de España



Fuente: Carrasco y García-Serrano (2012)

Para completar el estudio previo, en este apartado se lleva a cabo un análisis de la tasa de empleo de los inmigrantes según su país de nacimiento y en comparación con los españoles.

De acuerdo con el país de nacimiento distinguiremos entre españoles, personas con doble nacionalidad, extranjeros nacidos en los países que pertenecen a la Unión Europea-25, extranjeros nacidos en el resto de Europa, en América Latina y en el Resto del Mundo. No se trata de un análisis de cohortes como todos los anteriores, sino de representar la tasa de empleo de las personas que están en diferentes momentos de su ciclo vital. Por tanto, ahora no estamos siguiendo a una misma población a lo largo del tiempo, sino que compararemos distintas poblaciones tal como son en diferentes momentos del tiempo. De esta forma, podemos incluir en el análisis a todos los inmigrantes extranjeros y no solo a los que con mayor probabilidad se han integrado en el mercado de trabajo español con visos de permanencia.

Por otra parte, se comparan dos momentos temporales, 2005 y 2013, con el objetivo de estudiar el efecto de la crisis. También se tiene en cuenta la edad, de forma que los gráficos representan la tasa de empleo a lo largo de la vida, con la característica forma de U invertida que muestra el proceso de integración laboral con cifras de empleo bajas hasta los 35 años, la consolidación de dicho proceso en las edades centrales de la vida y, finalmente, el proceso de salida del mercado de trabajo a partir de los 54 años.

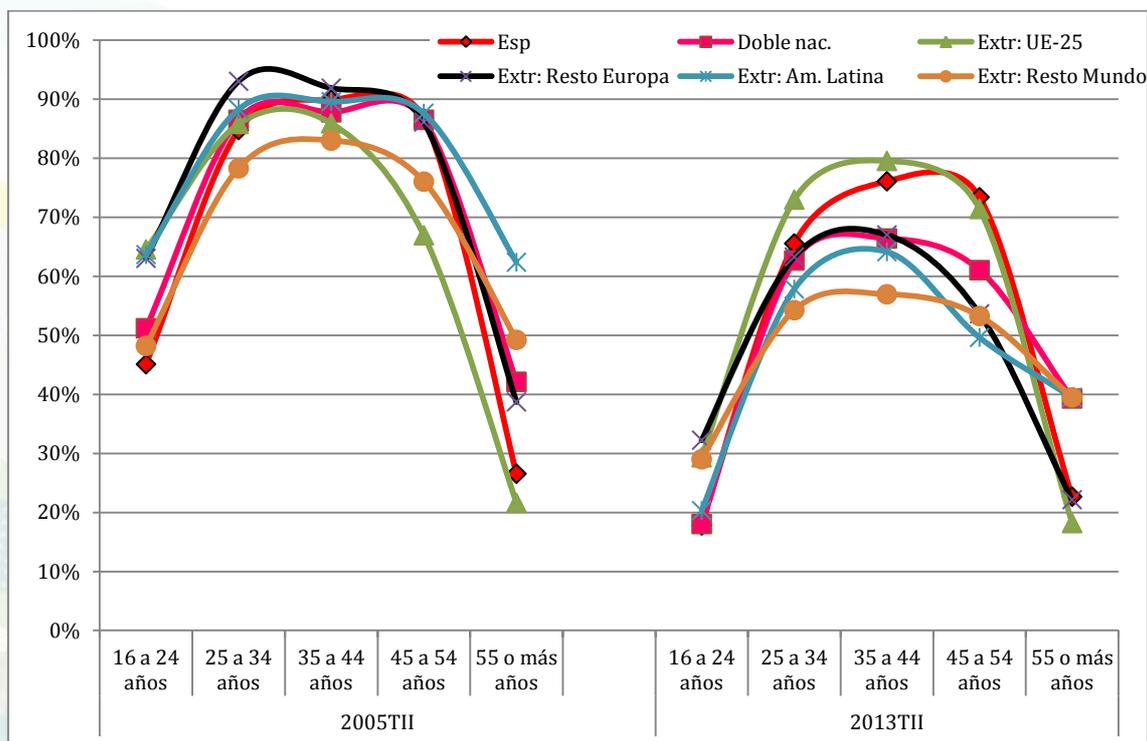
⁹ Este gráfico constituye una actualización del que aparece en Carrasco y García-Serrano (2012). Los autores agradecen a Carlos García-Serrano la posibilidad de utilizar esta información.

El Gráfico 21 muestra las tasas de empleo para los hombres. Las líneas en la parte de la izquierda, correspondientes a 2005 permiten ver que las diferencias según país de nacimiento eran relativamente bajas. Los nacidos en la Unión Europea – 25 registraban las menores cifras de empleo a partir de los 45 años mientras que son los nacidos en el resto del mundo los que en la juventud presentan una menor tasa de empleo. Por el contrario, las cifras más altas corresponden a los nacidos en el resto de Europa y en América Latina a partir de los 45 años.

Si comparamos esta situación con 2013, debemos notar el desplazamiento hacia debajo de todas las líneas, es decir, una menor tasa de empleo para todas las edades y todos los países de nacimiento.

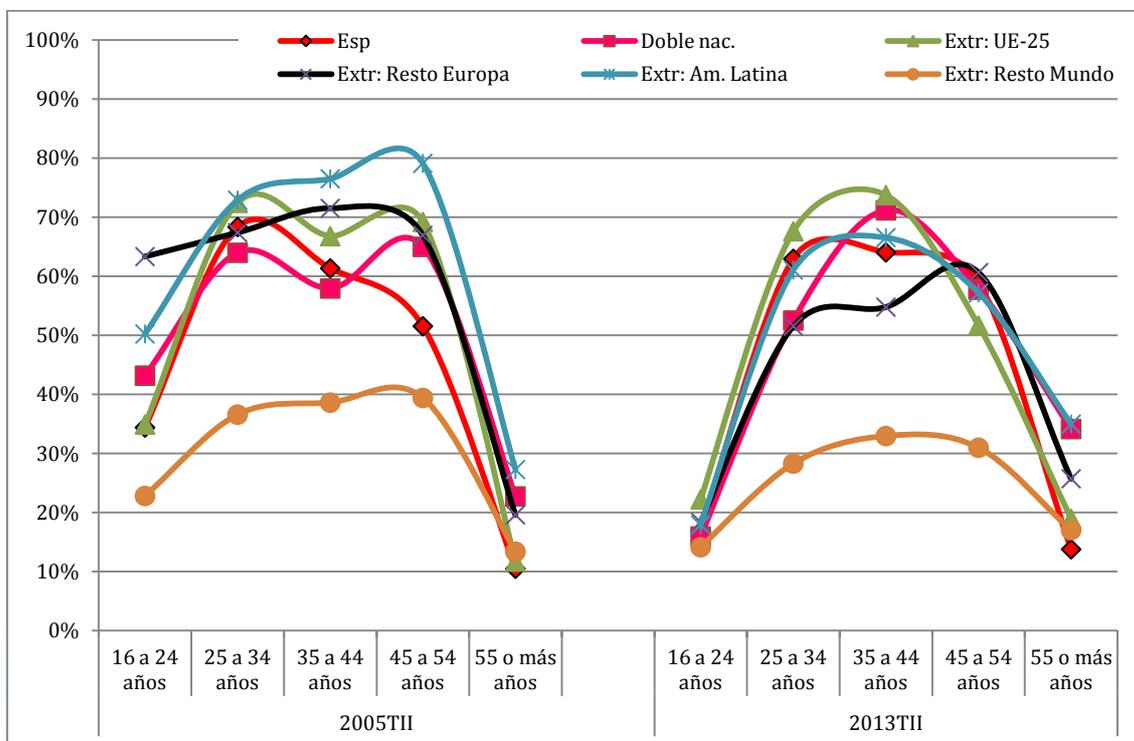
En cuanto a las mujeres, las diferencias entre países de nacimiento son más amplias. Así, las nacidas en el resto del mundo presentan tasas de empleo que apenas llegan al 40 por ciento (únicamente lo hacen en 2005 las mujeres entre 45 y 54 años). Este grupo ha estado menos afectado por la crisis que el resto de grupos, con una reducción de la tasa de empleo que no llega a diez puntos porcentuales. En cambio, el efecto sobre las nacidas en América Latina y el resto de Europa ha sido muy intenso, especialmente entre las más jóvenes. Éstas presentaban tasas de empleo superiores al 50 por ciento (60 por ciento las nacidas en el resto de Europa) en 2005 mientras que en 2013 no llegan al 20 por ciento. En las edades centrales la diferencia entre ambos momentos temporales es algo menor, pero también muy elevada.

Gráfico 21. Tasas de empleo de los hombres según nacionalidad, género y grupo de edad



Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA

Gráfico 22. Tasas de empleo de las mujeres según nacionalidad, género y grupo de edad



Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA

Por otra parte, debemos destacar que la ocupación de las mujeres jóvenes nacidas en España apenas cambia y, en cambio, la de las mayores aumenta. Así, al comparar 2005 y 2013, el empleo de las españolas entre 35 y 54 años aumenta en 6-7 puntos porcentuales. Ocurre lo mismo en el caso de las mujeres con doble nacionalidad y las nacidas en la UE-25.

CUADRO RESUMEN 5

1. Siguiendo a la población inmigrante extranjera que ha permanecido desde 2005 a 2012, se aprecia que el impacto de la crisis ha sido mucho mayor sobre los extranjeros que sobre los nacionales, independientemente de su edad. No obstante, la intensidad de la caída de la tasa de empleo fue mayor entre los más jóvenes y menor entre los de más edad.
2. Respecto al efecto de la crisis sobre la población total de hombres inmigrantes extranjeros, la caída de la tasa de empleo ha afectado intensamente a todos, con independencia de su país de nacimiento.
3. Para las mujeres inmigrantes extranjeras, la reducción ha sido menor que para los hombres y se ha concentrado en las nacidas en América Latina y en la Europa no perteneciente a la UE-25.

3. Discusión general e implicaciones de política

La situación de la caída de las contrataciones ha sido de tal magnitud durante la actual recesión que, a finales de 2012, se encontraban aproximadamente en los niveles de 1998, cuando el mercado de trabajo era mucho más pequeño.

En la medida en que las generaciones jóvenes ven llegar la crisis cuando están en pleno proceso de integración laboral y que ésta se produce mediante un uso intenso de la contratación temporal, los jóvenes se han visto fuertemente afectados por la reducción de las contrataciones. De hecho, para generaciones jóvenes que ya estaban realizando buena parte del proceso de integración laboral (los nacidos en 1976-80 y 1981-85) el descenso de la temporalidad que estas generaciones comenzaban a experimentar al salir de la juventud, primero estuvo relacionado con el paso a contratos indefinidos, pero después se vincula exclusivamente con la pérdida de contratos temporales para pasar a la situación de desempleo.

Si tomamos como punto de comparación las generaciones que estaban entrando en el mercado de trabajo durante la crisis de finales de los setenta y primera mitad de los ochenta del siglo pasado, las tasas de empleo de esas generaciones se vieron severamente afectadas durante muchos años. De hecho, la generación de hombres españoles nacidos en 1961-65 sólo alcanzó una tasa de empleo del 80 por ciento cuando llegaron a los 30 años de edad, cuando generaciones previas alcanzaron esa misma tasa del 80 por ciento en torno a los 25 años. En cuanto a generaciones posteriores, la última generación que consiguió un 80 por ciento de tasa de empleo fue la de hombres nacidos en 1976-80, que la ha vuelto a perder una vez superados los 30 años de edad.

Así pues, como la recesión se caracteriza por una fuerte caída de las contrataciones, los jóvenes se ven muy afectados porque se encuentran casi por definición “en el margen de ser contratados”. Ahora bien, precisamente porque lo que sucede es una brusca e intensa caída de las contrataciones, la recesión también ha afectado severamente a generaciones no tan jóvenes que no habían terminado su proceso de integración laboral, debido a la dilatación de éste por el extenso uso de los contratos temporales en España. Finalmente, todos los grupos de trabajadores con mayores tasas de rotación, como los que tienen menor cualificación y los inmigrantes extranjeros, se han visto muy afectados por la crisis, debido a su mayor probabilidad de encontrarse en la situación de volver a ser contratados (normalmente asociada también a una mayor temporalidad).

A diferencia de lo que pueda haber sucedido en otras crisis, las mujeres han sufrido relativamente menos el impacto de la crisis en sus tasas de empleo, si bien partiendo de valores más bajos de tasas de empleo que los hombres y con una mayor importancia relativa de la inactividad. Este fenómeno se ha dado tanto entre las mujeres españolas como entre las inmigrantes extranjeras, aunque entre estas últimas hay diferencias muy significativas en función del origen geográfico.

La existencia o no de una generación perdida es una preocupación recurrente cuando se discute sobre la situación del desempleo juvenil en España (e incluso en el conjunto de la Unión Europea). La experiencia de pasadas crisis (como la muy intensa en destrucción de empleo y falta de contratación de finales de los setenta y primeros ochenta del siglo XX) muestra que, aunque hay un impacto que pervive a lo largo del tiempo en forma de menores tasas de empleo, luego ésta parece recuperarse de manera sostenida. Sin embargo, la experiencia actual de la generación de 1976-80 pone en entredicho la enseñanza del pasado. Esta generación ha sufrido un retroceso significativo una vez que alcanzó el 80 por ciento de tasa de empleo, aunque también es cierto que tras los 30 años de edad los hombres de esa generación experimentan tasas de empleo sólo ligeramente por debajo del 80 por ciento. El resto de generaciones más jóvenes experimentan un incremento muy lento de su tasa de empleo con la edad en comparación con generaciones previas, aunque nunca se aprecian bajadas respecto de sus propios valores previos.

Parece bastante claro que la dilatación del proceso de integración laboral generada por la temporalidad ha incrementado la vulnerabilidad de los jóvenes ante una crisis tan intensa y prolongada como la actual. Pero no sólo la de ellos, sino también la de todos los demás trabajadores que están “en el margen de ser contratados”, como los trabajadores con menos formación, los cuales experimentan descensos en sus tasas de empleo incluso en las generaciones que en la actualidad están por debajo de los 50 años de edad. Estos

trabajadores van a sufrir previsiblemente periodos mucho más largos de desempleo y muchos de ellos proceden de un sector (la construcción) que ya no va a generar tantas contrataciones como generó en la época de la burbuja inmobiliaria. Para éstos parecería más adecuado el apelativo de “generación perdida” porque realmente han perdido su sector e incluso la cualificación que hubieran podido acumular desempeñando ocupaciones propias del mismo y que, seguramente, son útiles en muy pocos otros sectores. Resulta muy difícil imaginar que puedan realmente volver al empleo cuando se recupere la contratación.

Por lo que respecta a los inmigrantes extranjeros, los hombres se han visto muy afectados en comparación con las mujeres, al estar aquéllos muy vinculados a la construcción y, en general, a contratos temporales. La mayor movilidad de este grupo se aprecia en la caída contabilizada en la población de 211.062 inmigrantes extranjeros (extranjeros no nacidos en España) durante el primer semestre de 2013¹⁰. Esta cifra, que corresponde únicamente a la mitad del año, supone un aumento de un 5,7% sobre el año anterior en el que el número de inmigrantes extranjeros disminuyó en 199.753 personas. En resumen, la población de inmigrantes extranjeros descendió un 4,1 por ciento en 2012 y un 4,8 por ciento en la primera mitad de 2013. En cambio, el número de españoles ha aumentado¹¹.

Las implicaciones de política de este análisis inciden en que para realmente cambiar las cosas hay que poner en marcha medidas que impulsen la contratación.

Para la economía en su conjunto, la caída de la contratación tiene que ver con problemas de funcionamiento de las empresas y con la muerte de empresas durante la crisis¹². La insuficiencia e incertidumbre de la demanda agregada está íntimamente relacionada con estos problemas. No obstante, también habría que atacar problemas tradicionales de nuestras empresas. Mayores facilidades para crear empresas en forma de menores, más rápidos y homogéneos trámites burocráticos pueden incidir en una mayor contratación. Mitigar la incertidumbre de la demanda es difícil de lograr de forma rápida dado que hemos sufrido una crisis financiera (que en España también tiene una dimensión política, por la conexión entre las fallidas cajas de ahorros y el mundo de la política), por lo que la resolución de los profundos problemas del sector financiero es algo esencial para relanzar la contratación.

Aparte de estas medidas dirigidas al conjunto de la economía, los grupos más afectados pueden ser objeto de medidas que les permitan aprovechar cualquier mejora que aparezca en el futuro.

Por un lado, los jóvenes pueden beneficiarse de la puesta en marcha de un plan de garantía juvenil. Sin embargo, los fondos previstos por la Unión Europea para este tipo de plan son totalmente insuficientes¹³. Por otro lado, el planteamiento del actual gobierno presenta severas limitaciones. Este tipo de plan tiene que tener un carácter integrado de sus medidas y no una mera suma de ellas, a la par que exige un sistema educativo con una fuerte presencia de formación profesional y una coordinación efectiva con los cursos de formación profesional no reglada. También se necesita una integración con el conjunto de políticas activas, las cuales adolecen en España de una cierta falta de modernización.

¹⁰ La disminución en la población total asciende a 118.238 personas, según la Estadística de Migraciones del primer semestre de 2013. La caída de la población podría ser incluso mayor si, como afirman algunos especialistas, parte del reciente flujo de españoles hacia el extranjero es de españoles con doble nacionalidad o que adquirieron la nacionalidad española recientemente (quienes tienen un comportamiento en el mercado de trabajo más parecido al de los inmigrantes extranjeros que al de los españoles nacidos en España, en especial en lo que se refiere a su movilidad geográfica).

¹¹ Véase la nota de prensa del INE de 10 de diciembre de 2013 relativa a la Estadística de Migraciones (<http://www.ine.es/prensa/np822.pdf>).

¹² De acuerdo con los datos del Directorio Central de Empresas (DIRCE), el número de empresas en 2013 ascendía a 3.146.570, lo que supone un descenso de 190.087 respecto a 2007.

¹³ En OIT (2012) se muestran los cálculos de los fondos necesarios para poner en marcha programas de garantía juvenil en los países de la Eurozona que sean similares al programa de Suecia, que junto con Finlandia es el ejemplo más habitual de este tipo de intervención.

En cuanto a los no cualificados, las políticas activas de mercado de trabajo se configurarían como el medio adecuado para adaptarlos a las nuevas necesidades del mercado. Sin embargo, este esfuerzo es un gran desafío teniendo en cuenta que las dimensiones del sector construcción nunca van a volver a ser las de los años inmediatamente anteriores a la crisis (por responder a una situación de burbuja especulativa que lo sobredimensionó). La necesidad de modernizar e impulsar las políticas activas si era importante para poner en marcha un plan de garantía juvenil para los no cualificados en las edades centrales de la vida es algo absolutamente esencial. En ausencia de más y mejores políticas activas será imposible que estos trabajadores tengan carreras laborales con más empleo (lo cual los dejaría en una situación renqueante hasta la todavía lejana jubilación, generando posiblemente bolsas de pobreza o, al menos, situaciones de gran necesidad a largo plazo).

Por supuesto, todas las medidas deberían incluir a nacionales e inmigrantes extranjeros, realizando en estos últimos un mayor esfuerzo de adaptación de sus estudios y cualificaciones al futuro del mercado de trabajo español. Es cierto que en los países centrales de la Unión Europea existen programas especializados en inmigrantes, por lo que podría explorarse esta posibilidad¹⁴.

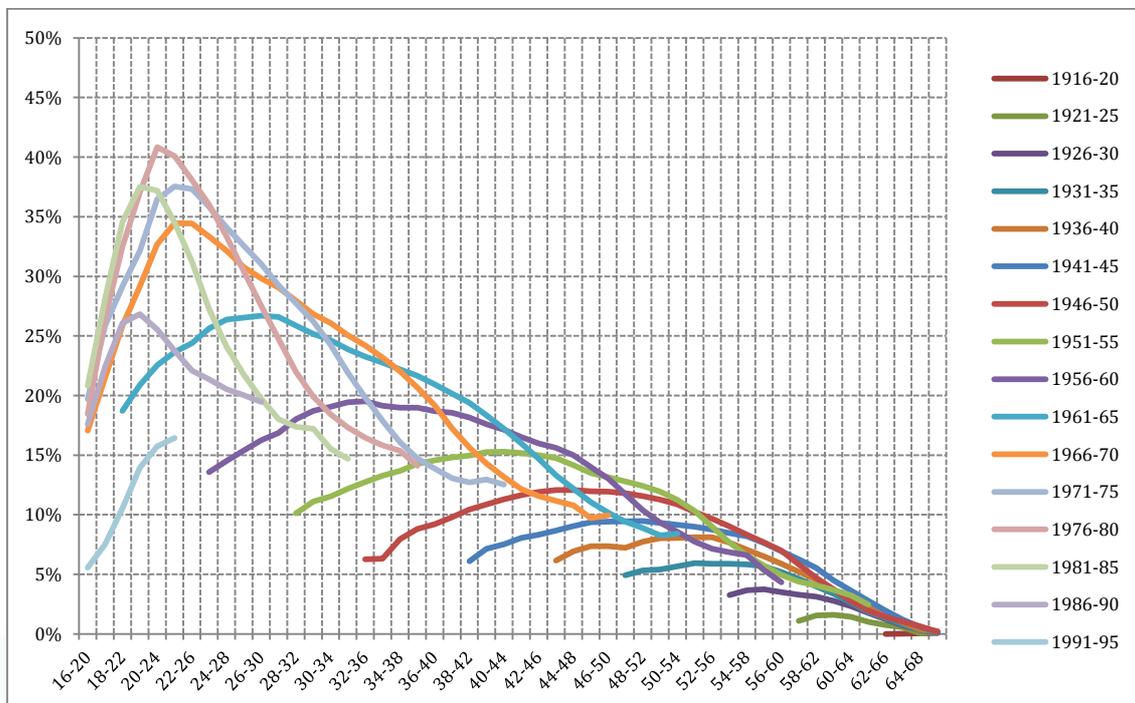
Por último, habría que resaltar que la disminución de las diferencias entre hombres y mujeres en la evolución del empleo se debe sólo en parte a la mejora de las mujeres, pero sobre todo al empeoramiento de la situación de los hombres durante la recesión. Esto significa que sigue siendo necesario mantener las políticas de igualdad de acceso al mercado de trabajo y de lucha contra la discriminación, pues cuando el mercado de trabajo se recupere es muy posible que las diferencias en tasas de empleo entre hombres y mujeres vuelvan a aumentar.

4. Bibliografía

- CARRASCO, C. y GARCÍA-SERRANO, C. (2012): *Inmigración y mercado de trabajo. Informe 2011*. Madrid: Observatorio Permanente de la Inmigración, Ministerio de Empleo y Seguridad Social.
- MALO, M.A. y CUETO, B. (2012): "Biografía laboral, ciclo económico y flujos brutos en el mercado de trabajo español: el diferente impacto de la crisis en las generaciones". *Panorama Social*, nº 15.
- y — (2013): "Temporary Contracts across Generations: Long-term effects of a labour market reform at the margin". *Cuadernos de Economía*, vol. 36, nº 101, pp. 84-99.
- GARRIDO, L. (1993): *Las dos biografías de la mujer en España*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- y CHULIÁ, E. (2005): *Ocupación, formación y el futuro de la jubilación en España*, Madrid: Consejo Económico y Social.
- OIT (2012): *Eurozone Job Crisis: Trends and Policy Responses* (en línea). Ginebra: Organización Internacional del Trabajo. http://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---dgreports/---dcomm/documents/publication/wcms_184965.pdf
- SAMEK LODOVICI, M. (2010): "Making a success of integrating immigrants into the labour market" (en línea). *EU Social Inclusion Peer Review*. <http://www.mipex.eu/making-success-integrating-immigrants-labour-market>

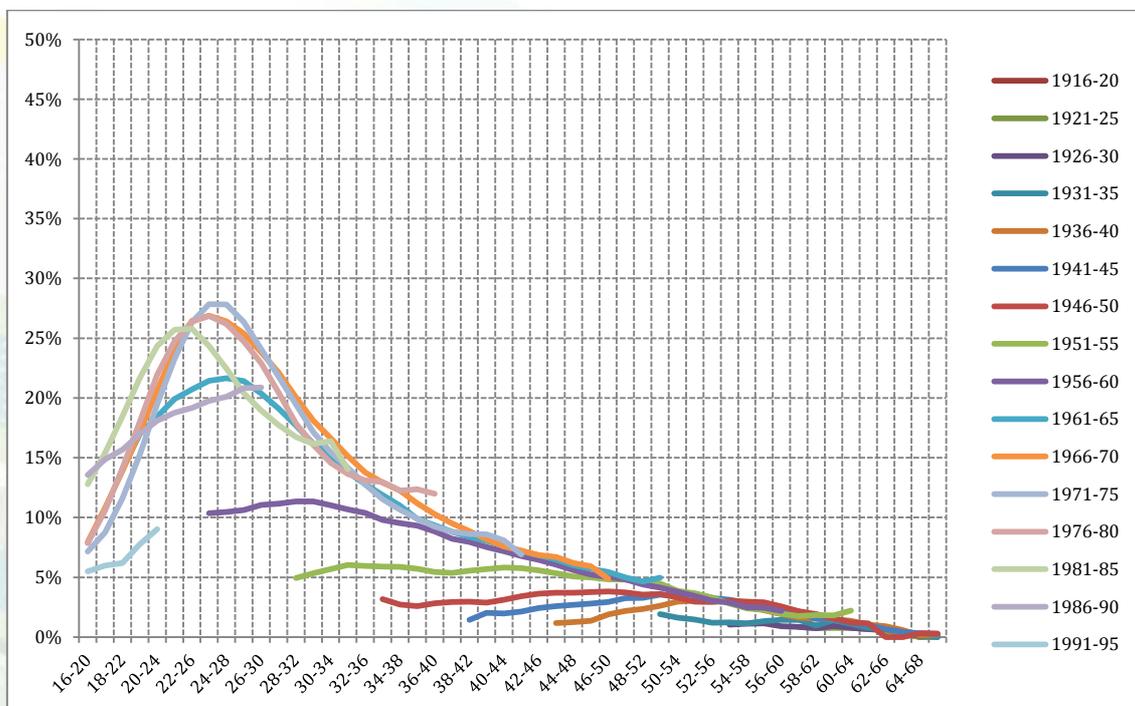
¹⁴ En Samek Lodovici (2010) se muestran algunos ejemplos de políticas dirigidas a facilitar la integración de inmigrantes en el mercado de trabajo, centrándose en la experiencia de Noruega.

Gráfico 23. Tasa de temporalidad absoluta de los hombres con estudios básicos



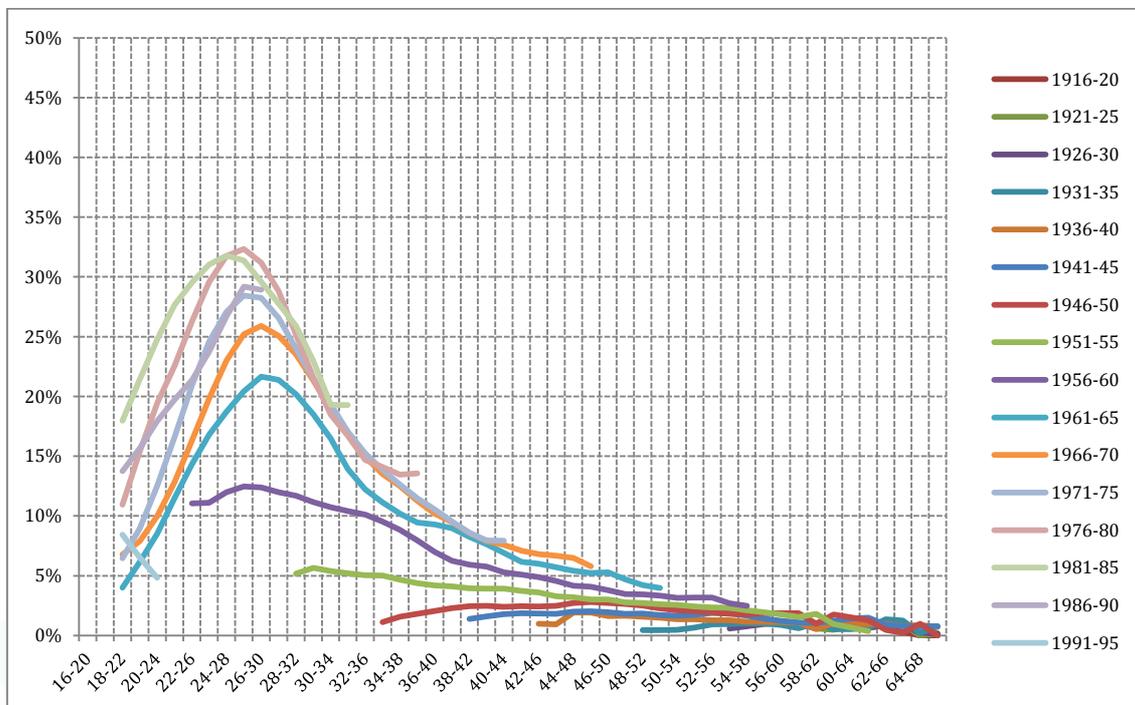
Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA

Gráfico 24. Tasa de temporalidad absoluta de los hombres con estudios medios



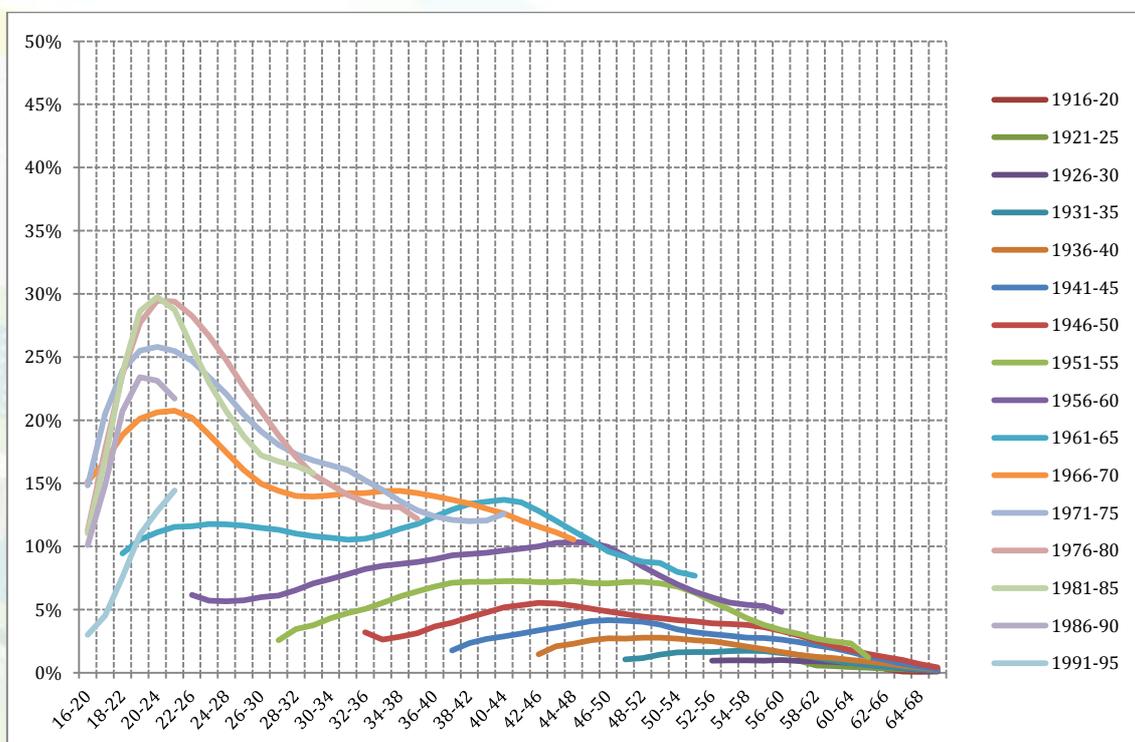
Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA

Gráfico 25. Tasa de temporalidad absoluta de los hombres con estudios universitarios



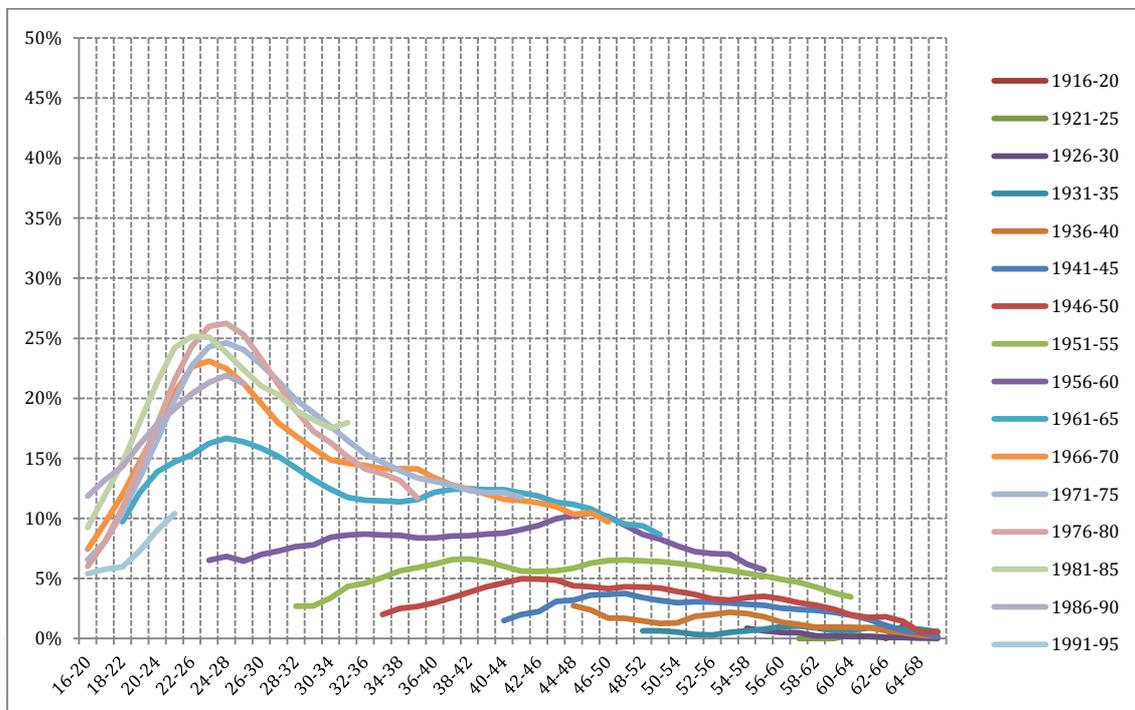
Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA

Gráfico 26. Tasa de temporalidad absoluta de las mujeres con estudios básicos



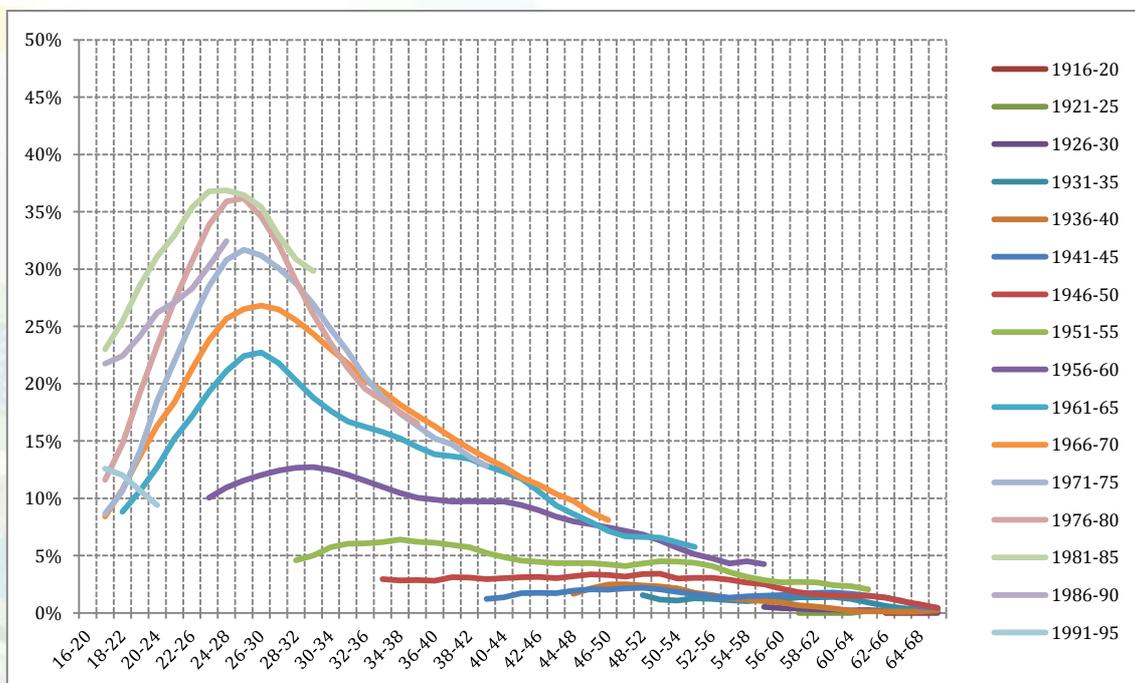
Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA

Gráfico 27. Tasa de temporalidad absoluta de las mujeres con estudios medios



Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA

Gráfico 28. Tasa de temporalidad absoluta de las mujeres con estudios universitarios



Fuente: elaboración propia a partir de datos de la EPA



FUNDACIÓN FOESSA
FOMENTO DE ESTUDIOS SOCIALES
Y DE SOCIOLOGIA APLICADA



Caritas